



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

EUROPA BAJO LA SOMBRA DE LA REVOLUCIÓN
BOLCHEVIQUE: UNA PERSPECTIVA DEL PERÍODO,
1917-1921.

Autor

Adrián Trujillo Traín

Director

Alberto Sabio Alcutén.

Facultad de Filosofía y Letras

2013/2014.

ÍNDICE.

Introducción.....	1.
Capítulo 1. Sobre la “revolución”: buscando un marco de análisis	3.
1.1. Sobre la situación y los resultados revolucionarios.....	6.
1.2. Sobre el peso de la estructura y el carácter internacional de las revoluciones	8.
1.3. Sobre el papel de actores e ideologías	9.
1.4. Conclusiones	10.
Capítulo 2. Antecedentes. Socialismo y radicalización durante la Gran Guerra	12.
2.1. Tentativas pacifistas: las conferencias de Zimmerwald y Kienthal	12.
2.2. Conflictos: cansancio de la guerra, malestar económico y cambios en el movimiento obrero.....	15.
Capítulo 3. La oleada revolucionaria en Europa. 1917-1921.....	18.
3.1. Las huelgas y motines militares de 1917. Entre las dos revoluciones rusas	18.
3.2. Los estallidos de 1918: Alemania, Hungría y Finlandia.....	20.
3.3. Europa entre 1919 y 1920. Los intentos revolucionarios comunistas centroeuropeos y las agitaciones en Europa occidental	28.
3.4. La sombra de la revolución decae. 1920-1921	45.
Conclusión.....	50.
Anexo. Sobre la Revolución Bolchevique y su significado	52.
Bibliografía	59.

EUROPA BAJO LA SOMBRA DE LA REVOLUCIÓN

BOLCHEVIQUE: UNA PERSPECTIVA DEL PERÍODO,

1917-1921.

INTRODUCCIÓN.

Teniendo en cuenta que la Historia nunca es un proceso lineal, no hay que caer en el pecado de la teleología, es decir, considerar que la realidad estudiada tiene lugar como un proceso absoluto que sigue de principio a fin un patrón coherente, cuyo final es el único posible. La historia la hacen los hombres en sociedad, con unas actuaciones condicionadas por el medio en que se desenvuelven. Tanto sus actos como sus pasividades producen los estímulos que guían el cambio histórico. Lo que queremos dejar claro es que un período histórico estudiado nunca es una realidad absoluta, por esto, la mera afirmación implícita en este trabajo (a saber, que entre 1917-1921 hay un período revolucionario en Europa) requiere su justificación.

El período se presenta con dos líneas convergentes: por un lado, la que comienza con una “gran revolución”, la rusa de octubre, la cual fue consecuencia inmediata la presión de la Primera Guerra Mundial en el Estado zarista, convirtiéndose luego en el origen, directo e indirecto, de un oleaje que provocó revoluciones, situaciones revolucionarias y desequilibrios. La otra línea consiste en las alteraciones producidas directamente por las inestabilidades que la posguerra mundial generó en los diversos estados. Dos procesos paralelos, y en ocasiones convergentes, que los bolcheviques intentaron encauzar para provocar una “revolución mundial”, comenzando por instaurar la dictadura del proletariado desde el continente europeo al resto del mundo. Sin embargo, el contexto no permitió los “resultados revolucionarios” bolcheviques en ningún otro país (salvo el breve soviet húngaro).

El espacio cronológico que va de 1917 a 1921 supuso la existencia de una convulsión revolucionaria que además de Rusia afecta de forma directa, en mayor o menor medida, a casi todos los Estados de Europa, en forma de, “un verdadero connato de revolución continental, incluso con intención de transformar las bases jurídicas de la sociedad en un sentido semejante al que se impuso en la Rusia soviética” (Andrés Gallego, 1979: 14). La historiografía generalmente considera que en el intervalo temporal estudiado se dieron fenómenos políticos múltiples que se iniciaron con una “crisis en 1917”, que fue fundamentalmente militar y política, generada directamente por un agotamiento generalizado

a raíz del desequilibrio que supuso la Primera Guerra Mundial. El propio Hobsbawm señala que “entre los años 1917 y 1921 existía una situación revolucionaria en medio mundo, aunque esto no significara que en Londres y París se planteara en el orden del día la cuestión de las repúblicas soviéticas”. (Hobsbawm, 2011: 40). Aunque la sombra de la revolución no afectara de igual forma a todo lo largo y ancho del continente, eran tiempos de amplios y hondos malestares sociales, que fueron expuestos por cauces constitucionales, o extraordinarios, cuando los primeros eran ignorados. Como señala Hobsbawm, la revolución fue fruto de la guerra, pero “la guerra por sí sola no desencadena inevitablemente la crisis, la ruptura y la revolución en los países beligerantes. Sin embargo, el peso de la guerra total del siglo XX sobre los Estados y las poblaciones involucrados en ella fue tan abrumador que los llevó al borde del abismo” (Hobsbawm 2011: 62-63).

En el presente trabajo se ha pretendido mostrar una perspectiva analítica y comparativa de mano de los sucesos paradigmáticos que permiten mostrar la convulsión europea. El trabajo comienza con una categorización conceptual sobre el pantanoso concepto de “revolución” a modo de una introducción teórica para un trabajo en el que es necesario precisar sobre este campo. Continúa con unos antecedentes al período, para seguir con una serie de fases que en ningún caso pretenden una rigidez absoluta, sino tan solo servir de medio para estructurar el discurso. Se atenderá a la influencia de Rusia en Europa, como fuente de ideologías, ilusiones y tácticas, en pos de una revolución mundial.

Resta hacer un breve comentario sobre la bibliografía empleada. Para comenzar, la obra que ha guiado los planteamientos y ha ayudado a estructurarlos es la de José Andrés Gallego, *Los Movimientos revolucionarios europeos de 1917-1921*, la cual conjuga una síntesis objetivo del período junto con un rico elenco historiográfico que ha sido de gran ayuda a la hora de buscar otras obras de referencia. Inestimables han sido los planteamientos de Eric J. Hobsbawm en *Historia del siglo XX* especialmente el capítulo denominado “La Revolución Mundial”. Para el acceso a los hechos y el análisis del socialismo en los diferentes países de Europa se ha empleado con asiduidad la obra coordinada por Jacques Droz *Historia general del socialismo*, y la realizada por G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista: comunismo y socialdemocracia*. Igualmente, este trabajo es heredero de los planteamientos de Geoff Eley en *Historia de la Izquierda europea*. Además de estas obras generales se han usado monografías específicas en ciertos apartados que así lo requerían.

CAPÍTULO 1. SOBRE LA “REVOLUCIÓN”: BUSCANDO UN MARCO DE ANÁLISIS.

En un trabajo como el presente parece necesario, como punto de partida, intentar un acercamiento hacia el concepto “revolución”. Frecuentemente puede verse una infantilización de dicho concepto, un abuso que lo devalúa: “por un proceso de inflación del vocabulario de los historiadores, lo que antes cabía clasificar como ‘variación o cambio’ se convierte en ‘revolución’” (Porter y Teich, 1990: 12). En efecto, si el término se usa a la ligera puede convertirse en algo sumamente abstracto. En el análisis histórico es necesario darle un sentido preciso. Este apartado no supone una plasmación exhaustiva de los trabajos científicos sobre esta temática, lo que podría abarcar varios trabajos como éste, tan sólo pretende establecer un breve marco conceptual, necesario para comprender períodos con procesos complejos y nuevas realidades sociales. El concepto “revolución” que aquí se presenta ha sido obtenido de los trabajos de tres autores: Hobsbawm, Tilly y Skocpol.

Siguiendo el argumento de Hobsbawm, las que se han estudiado de forma más seria, las que poseen mayor bibliografía, son las revoluciones concebidas como perturbaciones extraordinarias históricas, las “grandes revoluciones”, como la francesa, la rusa y la china (las tres estudiadas por Skocpol). Tilly define las “grandes revoluciones” como aquellas con “divisiones profundas”, “transferencias de poder radicales” y que provocan “transformaciones de la vida social amplias y duraderas” (2000: 27).

Estas “grandes revoluciones” acaban generando modelos analíticos, a modo de criterios para juzgar a las demás (como los intentos de conquista del poder emulando a la Rusia bolchevique, con un partido centralizado a modo de vanguardia leninista); a su vez, estos modelos analíticos son, en ocasiones, arbitrarios debido a la propia selección de las revoluciones. Hobsbawm señala tres grandes obstáculos para el estudio de la revolución: El primero consiste en que la opinión pública, debido a la propia conciencia nacional, acepta como válidos una serie de acontecimientos formativos que alcanzan la forma de mitos. Llevando más allá la afirmación del marxista británico podríamos afirmar que, aunque con una ideología distinta del criterio nacional, los internacionalistas, comunistas y otras corrientes de la izquierda vieron en la revolución rusa el acontecimiento fundacional del origen del socialismo a escala internacional, es decir, la hicieron suya, se sintieron identificados con ella, la mitificaron. El segundo obstáculo consiste en que la autoridad política y pública favorece una serie de interpretaciones del pasado histórico de la realidad

nacional. En último lugar, señala el autor que existe un espacio de tiempo insalvable entre la conclusión de la revolución y la capacidad para realizar un análisis histórico objetivo. (Hobsbawm, 1990: 18-19).

Para Hobsbawm las definiciones más útiles son las descriptivas, las que se basan en una combinación de elementos, las operativas y sintéticas. Siguiendo a Griewank¹, Hobsbawm explica que tres rasgos son los fundamentales. Primeramente, la revolución es un proceso violento y súbito, que termina con el derrocamiento del marco jurídico anterior, de las instituciones y del Estado. En segundo lugar, la revolución presenta un contenido social que implica acciones de grupos y masas. Por último, las ideologías con objetivos positivos que impulsan a las revoluciones son de carácter progresista. (Hobsbawm, 1990: 21-22).

Charles Tilly conceptualiza la revolución desde los planteamientos de una teoría del “conflicto político”:

La revolución es una transferencia por la fuerza del poder del Estado, proceso en el cual al menos dos bloques diferentes tiene aspiraciones, incompatibles entre sí, a controlar el Estado, y en el que una fracción importante de la población sometida a la jurisdicción del Estado apoya las aspiraciones de cada uno de los bloques. [...]. Se trata de una secuencia revolucionaria completa, que va desde la ruptura de la soberanía y la hegemonía, a través de un período de enfrentamientos, hasta el restablecimiento de la soberanía y la hegemonía bajo una nueva dirección. (Tilly, 2000: 26).

Una revolución consiste en el apoderamiento del poder del Estado, por lo tanto dependerá de forma determinante del tipo de Estados presentes en el contexto histórico, los cuales marcarán “el lugar, la probabilidad, la naturaleza y el resultado de la revolución” (Tilly, 2000: 22).

La guerras fruto de la interacción entre estados (nunca de la agresión de uno sólo, para Tilly) y de unos alineamientos en un “sistema de Estados”, ejercieron su impronta en Europa generando perspectivas revolucionarias; las más evidentes fueron las acaecidas en Europa tras la Primera Guerra Mundial, las que trata este trabajo. Además, una vez que las revoluciones estallaron e intentaron expandirse, fue fundamental la reacción estatal de otras potencias por frenarlas, e impedir que su sombra se expandiera, encontramos también a la Revolución Rusa como un caso evidente de este hecho. Como señala Tilly “para saber qué estados son susceptibles de sufrir una revolución, es necesario examinar no sólo su política interna, sino también su posición en el sistema de relaciones entre los estados”. (Tilly, 2000: 23). Sin embargo, con esta definición, como reconoce el propio Tilly, el elemento social, es decir, que

¹ La obra es *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff*, Suhrkamp, Frankfurt-am-Main, 1973. (Citado en Hobsbawm, 1990: 21-22).

se produzca un cambio fundamental en la estructura social, no es directamente necesario (Tilly, 2000: 34).

Para Tilly una revolución exitosa concluida es aquella que mantiene el poder al menos durante un mes. Así no son catalogadas como revoluciones las rebeliones aplastadas o las “transformaciones sociales desde arriba”, sin embargo su categoría es próxima y en ocasiones se integran en un mismo proceso (Tilly, 2000: 27). Esta afirmación resulta consecuente con lo que se va a exponer en el presente trabajo, un período que tan sólo contó con una revolución que encajara con las definiciones aquí establecidas, la rusa, una “gran revolución, pero en el que se dieron multitud de intenciones revolucionarias, rebeliones, conflictos políticos y sociales, reformas, así como la extensión de una pauta inspiradora que tendía a emular y a fijar a la Rusia bolchevique como fin.

La visión de las revoluciones de Theda Skocpol nos pone en contacto con la importancia externa de las mismas, fuera del ambiente estatal en que se dan. Como señala la autora, al margen de la importancia nacional, una revolución siempre hace surgir “modelos e ideales de inmensa repercusión y atractivo internacional”, sobre todo si lo transformado ha sido una gran potencia mediante una “gran revolución”. Siguiendo esta tesis, surge un argumento que enlaza plenamente con lo que se pretende plasmar en este trabajo: la Revolución Rusa sorprendió al occidente capitalista, alumbró aspiraciones sociales y demostró la posibilidad revolucionaria (Skocpol, 1984: 19-20). A raíz de esto, Theda Skocpol, a través de Elbaki Hermassi, establece que una gran revolución no sólo afecta a los que, en el exterior de su núcleo, pretenden imitarlas, sino también a la oposición o reacción, que de forma unívoca se ve forzada a afrontar la novedad como reto, es decir, que la revolución se torna en amenaza. Señala Hermassi² que “el carácter universal de las revoluciones significa que ejercen un efecto demostrativo más allá de las fronteras de su país de origen, con un potencial para desencadenar oleadas de revolución y contrarrevolución dentro de unas sociedades y entre unas y otras”.

Skocpol establece un concepto de la revolución desde el punto de vista social, completando los postulados de Tilly, es decir, que define una revolución desde una clara pauta basada en el cambio social:

²La obra es “Toward a Comparative Study of Revolutions” en *Comparative Studies in Society and History*, 1976. (Citado en Skocpol, p. 20)

Las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras de clase; van acompañadas, y en parte son llevadas por las revueltas, basadas en las clases, iniciadas desde abajo³. [...] Se encuentran aparte en las otras clases de conflictos y procesos transformativos, ante todo, por la combinación de dos coincidencias: Un cambio estructural de la sociedad con un levantamiento de clases. Una transformación política con la social. [...]. Las revoluciones políticas transforman las estructuras del Estado, y no necesariamente se realizaron por medio de conflictos de clase. Y los procesos como la industrialización pueden transformar las estructuras sociales sin necesariamente producir, ni resultar, de súbitos cambios políticos o de básicos cambios político-estructurales. Lo que es exclusivo de la revolución social es que los cambios básicos de la estructura social y de la estructura política ocurren unidos, de manera tal que se refuerzan unos a otros. Y estos cambios ocurren mediante intensos conflictos sociopolíticos, en que las luchas de clase desempeñan un papel primordial. (Skocpol, 1984: 21).

Esta conceptualización difiere en algunos aspectos de la de Tilly, que presenta una categoría analítica más general (“revolución social” por encima de “revolución a secas”). Además el concepto de revolución de Skocpol hace del cambio triunfal el rasgo básico definitorio. (Skocpol, 1984: 21). Pese a esto, es necesaria, pues aporta el “matiz social” de que carecía la visión de Tilly.

1.1. Sobre la situación y los resultados revolucionarios.

Según la definición de Tilly, los dos componentes fundamentales de una revolución son la “situación revolucionaria” y el “resultado revolucionario”. Hobsbawm señala que “una situación revolucionaria puede ser definida como una crisis a corto plazo dentro de un sistema con tensiones internas a largo plazo, que ofrece posibilidades de un estallido revolucionario (Hobsbawm, 1986: 34). Tilly, quien obtiene el concepto partiendo del “poder dual” de Trotsky, establece que la “situación revolucionaria” supone, por encima de todo, la existencia de una “soberanía múltiple”, la cual tiene tres características: por un lado, aparecen una serie de contendientes, de los cuales uno es el Estado original, a modo de bloques de poder que aspiran a controlar el Estado. Cada bloque de poder controlará una parte de la soberanía y tendrá aspiraciones de controlar el Estado en su totalidad (“el bloque más reducido debe controlar al menos una circunscripción importante del Estado, ya sea geográfica o administrativa”, señala Tilly (2000: 27). Por otro, las aspiraciones de los bloques serán apoyadas por diferentes sectores de la ciudadanía. En tercer lugar, el Estado original no será

³Skocpol propone un análisis de énfasis marxista, basado en el cambio socio-estructural mediante el conflicto de clases. (Skocpol, 1984: 35).

capaz de suprimir al bloque alternativo y a sus apoyos. Frecuentemente, la “soberanía múltiple” se da al final de una guerra; esto es debido a que en situaciones bélicas- como la Primera Guerra Mundial- los diferentes Estados contendientes para lograr la movilización y hacer frente al esfuerzo bélico adquieren compromisos con la ciudadanía, los sectores de la oposición, grupos étnicos etc. en forma de reformas futuras que no pueden cumplir. Junto a esto, en el tiempo bélico el Estado realiza un control férreo sobre la economía y la sociedad, el cual se afloja al finalizar la contienda, lo que coincide con la desmovilización militar y la reintegración de los excombatientes a la vida civil. (Tilly, 2000: 27-31). Como señala Tilly, “cuanto mayor sea la pérdida de capacidad y credibilidad que ha sufrido el Estado durante la guerra (la situación extrema es la derrota total a manos de una potencia ocupante), más graves serán los problemas” (Tilly, 2000: 30). El Estado puede terminar por volverse vulnerable ante nuevas reivindicaciones.

Así, tras la Primera Guerra Mundial todos los Estados beligerantes tuvieron una fuerte oposición de algunos sectores que habían colaborado en la política de “Unión Sagrada”; cuanto más desastroso fue el resultado de la guerra, más problemas tuvieron los diferentes Estados europeos. Al finalizar la Primera Guerra Mundial sólo en Rusia y Alemania -los países con las mayores pérdidas- hubo plenas “situaciones revolucionarias”. Sin embargo, todos los países estuvieron inmersos en una oleada de conflictos, como las huelgas y ocupaciones de fábricas masivas, que provocaron que Italia se situara cerca del límite de la revolución antes del ascenso del fascismo. Evidentemente en Francia y Gran Bretaña el orden estatal padeció riesgos menores. Distintos países europeos, como Holanda, Irlanda y el Imperio Austrohúngaro, tuvieron sus “situaciones revolucionarias”, tal y como lo afirma Tilly, y como se intenta plasmar en el presente trabajo (Tilly, 2000: 31). Siguiendo al mismo autor, “la demostración de que un Estado importante es vulnerable a las exigencias revolucionarias indica la posibilidad de plantear exigencias similares en otros estados, pone en circulación doctrinas y técnicas revolucionarias y reduce la probabilidad de que el Estado en el que se registra la revolución intervenga para sostener otros régimes vecinos” (Tilly, 2000:32). El anterior enunciado es de gran importancia para el trabajo actual, ya que nos permite comprender la sombra revolucionaria que vino de Rusia, que alimentó la situación subversiva, en mayor o menor grado en los países de occidente, de forma directa o indirecta.

La existencia de unas “situaciones revolucionarias” puede dar lugar al surgimiento de “resultados revolucionarios”, que tienen lugar cuando se da la “transferencia de poder” a

nuevos gobernantes, los que han vencido en la “situación revolucionaria”, clausurando la “soberanía múltiple”, imponiendo, finalmente, una nueva soberanía. El argumento de Tilly sostiene que pocas “situaciones revolucionarias” terminan con “resultados revolucionarios” -esto puede ocurrir, porque el Estado anterior a la “soberanía múltiple” reconquiste la soberanía única; porque la división de la soberanía se vuelva permanente etc.-. Así sólo cuando la soberanía es recogida por los nuevos integrantes del poder estatal hablaremos de revolución en sentido pleno. La distinción entre “situaciones revolucionarias” (los procesos) y “resultados revolucionarios” (los fines), es de gran utilidad pues permite diferencias entre numerosas acciones políticas donde el elemento revolucionario está presente, como la guerra civil (Tilly, 2000: 32-34). Mientras que Skocpol niega una “revolución no exitosa”, (la “revolución social” se define por ser exitosa), lo que haría que el fenómeno revolucionario fuera muy escaso históricamente, Tilly, con el concepto de “situación revolucionaria”, permite una mayor flexibilidad a la hora de analizar períodos como el estudiado en este trabajo.

1.2. Sobre el peso de la estructura y el carácter internacional de las revoluciones.

Para Skocpol, la revolución (social) debe analizarse de forma estructural, haciendo especial hincapié en los contextos internacionales que influyen en el derribo de las organizaciones estatales y en la construcción de los nuevos Estados revolucionarios (Skocpol, 1984: 23). Skocpol no considera una revolución como un movimiento guiado con pleno propósito por la vanguardia de un descontento. Al contrario, la afirmación de la autora se basa en que las ideologías o las vanguardias no han creado, en la historia (otra cosa es la mitología), “crisis revolucionarias”. Estas crisis surgirían de contradicciones estructurales que provocan el colapso de la capacidad de coerción de un Estado (crisis político militar) unida a una crisis de la clase dominante del Estado. (Skocpol, 1984: 41). Para Skocpol, una situación revolucionaria “surge”, no “se hace”, generando un proceso revolucionario en una sociedad dentro de una estructura internacional, que se desarrolla en la “historia universal”.

El carácter histórico mundial de las revoluciones significa, como señala Casanova, que estas introducen “nuevas ideas políticas y principios de legitimidad” que acaban suponiendo una amenaza a los restantes poderes. “Ejercen una demostración de sus efectos más allá de

sus países de origen, con la posibilidad de provocar movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios en el seno de otras sociedades” (Casanova, 1986-1987: 87).

Adoptar esta visión supone tratar a la revolución desde un punto de vista impersonal, analizar la revolución desde una “perspectiva estructural sobre la realidad socio-histórica”. La autora establece que las “relaciones transnacionales” son las que han generado el surgimiento de las “crisis revolucionarias” debido a la situación de los estados-nación en el sistema socioeconómico capitalista. Esto vendría a explicar que las revoluciones sociales modernas sólo vinieran a darse en países atrasados, situados en desventaja en el marco internacional (Skocpol, 1984: 43-50). Así la precipitación de crisis revolucionarias se deberá en muchos casos a la conjugación entre inferioridad de condiciones en el sistema internacional capitalista con crisis concretas, igualmente internacionales, como una derrota en la guerra (Casanova, 1986-1987: 88).

1.3. Sobre el papel de actores e ideologías.

Según Skocpol, no debemos considerar al liderazgo político revolucionario como el edificador del Estado. Para la autora, una explicación de la revolución social no puede tener su piedra angular en la ideología (como el “marxismo-leninismo”) con la que los líderes están comprometidos. Para la autora la verdadera aplicación de los cambios revolucionarios no depende de la intención de una vanguardia revolucionaria bien organizada (Skocpol, 1984: 262-263). No debemos analizar una revolución por las “intenciones”. Como señala la misma autora, “un adecuado entendimiento de las revoluciones sociales requiere que el análisis adopte una perspectiva estructural, no voluntarista de sus causas y procesos” (Skocpol, 1984: 35).

Sin embargo es imprescindible acudir al actor de la revolución, al ser humano como protagonista de la acción, cuya actividad se desarrolla en un contexto histórico concreto. Esto no significa afirmar que la acción consciente y la utilización de una ideología programática, con un fin concreto lleven a los hombres al resultado exacto pretendido. Una definición histórica de la revolución, aun teniendo en cuenta que los actores existen y deciden, no pueden hacer excesivo hincapié en elementos subjetivos o voluntaristas⁴ (Hobsbawm, 1990:

⁴Señala Hobsbawm que: “desde el punto de vista de los historiadores, las fuerzas organizadas de los revolucionarios y sus estrategias son secundarias [...] incluso cuando existen movimientos revolucionarios organizados importantes [...] su logro consiste en aprovechar en beneficio propio una

26-17), ya que el resultado histórico que surge una vez terminada la revolución tiene consecuencias no previstas en el programa revolucionario. Sin embargo, no analizar una revolución por las intenciones, no significa no estudiar las intenciones revolucionarias presentes en el proceso; Si bien no fue únicamente la ideología comunista rusa la que generó el proceso revolucionario europeo si influyó en gran medida en la emulación y fomento de las insurrecciones europeas de los años estudiados. Así, siguiendo a Hobsbawm el programa revolucionario y la intención sólo debe interesar al análisis histórico en dos puntos: primero, debido a que aporta una temática nueva al discurso político; segundo, en tanto que el objetivo del estudio sea analizar la “viabilidad del programa revolucionario y, hasta qué punto se hizo o pudo haberse hecho- realidad” (Hobsbawm, 1990: 56).

1.4. Conclusiones.

El emplazamiento dentro de un mismo sistema socioeconómico común produce lo que Hobsbawm denomina “factores comunes de perturbación”, una “sensibilidad común ante esos factores” y una “intercomunicación de la que pueden surgir similitudes superestructurales”. Esto es importante porque produce un “efecto demostrativo” de las grandes revoluciones, como el caso de la Revolución Rusa, provocando su influencia y difusión en áreas distantes. (Hobsbawm, 1986: 33-34). El resultado histórico más evidente de las revoluciones es la influencia que tienen en la política, que no puede ignorarlas, y actúa según la nueva formulación política e ideología, como señala Hobsbawm: “No se puede comprender el siglo XIX sino a partir del discurso político establecido por la Revolución Francesa, y tampoco se puede entender el siglo XX sino en términos de la Revolución Rusa”. (Hobsbawm, 1990: 56).

La perspectiva estructural hace a la revolución impersonal, eliminando las subjetividades ideológicas, además conecta inmediatamente la posibilidad de que la revolución ocurra con el éxito de la misma, sin dejar espacio al “proceso revolucionario” (Casanova, 1986-1987: 96), cuestión que intentaremos plasmar en el presente trabajo, ya que, como señala Casanova (1986-1987: 96), un “componente primordial en la historia” es “una narración donde aparezcan conectados decisiones, actividades y acontecimientos a través del tiempo”. El fallo está, siguiendo al mismo autor, que es en el propio proceso donde interviene el actor histórico

situación cambiante. [...] la estructura y la situación interna actúan y determinan los límites de la decisión y de la acción”. (Hobsbawm, 1986: 27)

que no se puede marginar; si bien la estructura muestra las condiciones para que una revolución se produzca o termine de forma exitosa:

Entre las condiciones estructurales y los efectos sociales existe siempre un vínculo mediador: la conciencia y la acción humanas. Las condiciones estructurales pueden definir las posibilidades para la insurrección de la multitud o las opciones disponibles para consolidar el poder estatal en una situación revolucionaria, pero no explican plenamente como actúan determinados grupos. (Casanova, 1986-1987: 97).

Las ideologías, las organizaciones políticas y los movimientos sociales son esenciales para analizar los procesos revolucionarios, lo que no implica caer en el determinismo de la intención. Una revolución no es un modelo, es un proceso histórico con actores protagonistas, que se desenvuelven en una estructura, que influye de forma determinante, aunque no absoluta. (Casanova, 1986-1987: 97).

CAPÍTULO 2.

ANTECEDENTES. SOCIALISMO Y RADICALIZACIÓN DURANTE LA GRAN GUERRA.

Antes de realizar un análisis del período 1917-1921 merece la pena comenzar por los sucesos particulares que tuvieron lugar durante la guerra, que aquí trataremos como “antecedentes”, consistentes en la situación del movimiento obrero internacional y los conflictos sociales que se generaron, antes del estallido de la revolución rusa, como punto de partida en el que se gestaron los factores que acabaron provocando la “oleada revolucionaria”

2.1. Tentativas pacifistas: las conferencias de Zimmerwald y Kienthal.

El movimiento socialista de finales del XIX y durante la primera década del XX había perdido su creencia en la construcción de un mundo de nuevas bases, es decir, la esencia revolucionaria se había convertido en actitud reformista. Mientras la II Internacional perduró, el socialismo se orientó hacia el alcance de medidas concretas, económicas, laborales y políticas. (Núñez Florencio, 1993: 43). A la altura de 1914 los partidos socialistas veían que la revolución acabaría produciéndose, debido a las crisis recurrentes del capitalismo, siguiendo un determinismo marxista casi teleológico; mientras tanto trataron de insertarse en los parlamentos con apoyo de las masas en pos de la obtención de mejoras y reformas, siempre dentro del orden establecido. Estaban en una fase de “madurez y burocratismo”. De ninguna forma las clases trabajadoras estaban preparándose para una revolución “activa”, el socialismo del momento no era “revolucionario”, con excepción de pequeñas minorías (Cole, 1961: 35).

La Primera Guerra Mundial será un punto de no retorno para el socialismo europeo que dio lugar a la crisis de la II Internacional y a su posterior extinción en la práctica. Como señala Eley, “la guerra tendió una emboscada a los socialistas de Europa” (Eley, 2003: 130). El internacionalismo fue vendido por el nacionalismo, la Internacional quebró impotente y los socialistas se posicionaron del lado de sus respectivos gobiernos, haciendo una política de “defensismo nacional” (Eley, 2003: 131), una adscripción a la política nacional también denominada “Unión Sagrada”. De esta forma, como señala Andrés Gallego, los diversos partidos socialistas, empezando por Francia y continuado con Alemania, supeditaron la solidaridad de clase a la de nación, rompiendo así la que venía siendo la piedra angular del

pensamiento socialista (Andrés Gallego, 1979: 74)⁵. El asesinato de Jean Jaurés, apasionado defensor del internacionalismo será un acontecimiento clave en la tónica descrita.

Pronto surgió la voz del pacifismo internacionalista, que llegó, al principio, de mano de socialistas de los Estados neutrales: italianos, suizos, escandinavos y holandeses, de los que brotó la iniciativa de mantener vivas las esencias de la Internacional. En 1915, el Partido Socialista Italiano (Italia estaba en guerra desde abril) en unión con el suizo hicieron un llamamiento a los partidos que no se habían comprometido al estilo de la “Unión Sagrada” y a las minorías antibelicistas que empezaban a conformarse, que trajo como resultado la Conferencia de Zimmerwald (del 5 al 8 de Septiembre), Suiza. Este coloquio fue absolutamente antibelicista, aunque estaba integrado por visiones de la cuestión de distinto carácter, incluso opuestas. La opinión situada más a la izquierda (la llamada “izquierda zimmerwaldiana”) estaba capitaneada por Lenin, quien pretendía convertir la guerra mundial en “guerra revolucionaria”, es decir, derrocar al imperialismo mediante la revolución. La mayoría de los congregados (o “derecha zimmerwaldiana”) no quería tornar la guerra como un pretexto para iniciar una revolución en Europa, sino detenerla, es decir, que abogaba por el pacifismo como meta. La conclusión de la Conferencia consistió en la atribución de la culpabilidad de la guerra a los gobiernos capitalistas y a los que los apoyaban, y la demanda de una paz sin anexiones ni indemnizaciones. (Cole, 1961: 37-40).

El revolucionarismo tan sólo encontró seguidores en Europa del este, destacando los rusos, búlgaros, rumanos y polacos, pero sus delegados no representaban a movimientos capacitados para la revolución de corte socialista. Así las cosas, el programa de Lenin no podía ser aceptado en la Conferencia de Zimmerwald, que siempre pretendió la paz frente la conducta de la mayoría de las cabezas de los partidos socialistas nacionales. Sin embargo, y a pesar de esto, la importancia de Zimmerwald radica en la intención de retornar al socialismo organizado de forma internacional, a los planteamientos anteriores al estallido de la guerra (Cole, 1958: 41). A pesar de la conducta pacifista predominante, es evidente que en la

⁵ Como señala Geoff Eley, la guerra generó lealtades nacionalistas, lo que se tradujo en la incorporación de los movimientos obreros al consenso patriótico. Esto permitió a los partidos socialistas entrar por vez primera en los gobiernos. Siguiendo al mismo autor, “el alza patriótica de la guerra descansaba sobre una forma nueva de contrato social: al hacer sus exigencias sobre la lealtad popular, los gobiernos fomentaban las expectativas de las reformas de posguerra y [...] los sacrificios hechos durante la contienda sin duda habrían de ser recompensados por una ampliación de la ciudadanía” (Eley, 2003: 130-131). La afirmación del autor resulta diáfana; los partidos socialistas, con su patriotismo buscaban la reforma, la mejora de las condiciones sociales, públicas y vitales de sus electores. Siguiendo al mismo autor: “la situación de emergencia causada por la guerra prometía una base duradera de la aceptación del movimiento obrero en la nación”. (Eley, 2003: 132). Esta es, esencialmente, la política seguida por el SPD alemán.

conferencia descrita hay ya un germen de lo que luego será la conducta revolucionaria posterior.

En abril de 1916 se convocó otra Conferencia en Kienthal, también en Suiza. La representación anduvo pareja a Zimmerwald. Sin embargo la situación comenzó a radicalizarse con respecto a la anterior, hubo un cambio esencial hacia la izquierda. En Kienthal se declaró que la solución del conflicto internacional sólo llegaría con “la conquista del poder político y la propiedad del capital por los pueblos mismos [...] la verdadera paz duradera será fruto del socialismo triunfante”, como recoge Cole. La clase trabajadora debería edificar el nuevo orden social (Cole, 1961: 42). Como señala Eley, la consecuencia más directa de Kienthal fue el aumento de la “izquierda zimmerwaldiana, ahormada en torno a los delegados bolcheviques, mencheviques, serbios, rumanos y búlgaros. El mismo autor lanza una fundamental pregunta que enlaza el pacifismo con el objeto que nos ocupa: “¿Las protestas contra la guerra entrañaban ideas políticas revolucionarias en lugar de sencillamente “pacifistas”? ¿Oponerse a la guerra entrañaba un propósito anticapitalista?”. Esto era precisamente lo que los bolcheviques pretendían y, mientras que en Zimmerwald sólo votaron a favor de estos postulados 8 de los 38 delegados, en Kienthal fueron 12 de 39. Los partidarios de la tendencia de Lenin habían aumentado, pese a no ser mayoría (Eley, 2003: 135). Como señala Cole, “Kienthal, más que Zimmerwald, fue el verdadero antecedente de la nueva Internacional revolucionaria que debían establecer los bolcheviques victoriosos” (Cole, 1961: 42).

Europa estaba plenamente dividida antes de los complejos sucesos de 1917, pacifismo y revolucionarismo se confundían mientras la tónica dominante era la causa nacional bélica. En Zimmerwald es claro, como señala Kriegel, que estaban presentes dos estrategias antagónicas, aunque ambas eran de corte internacionalista (1971: 77). Eley anota que “estas alineaciones prefiguraban el período revolucionario de 1917-1921”- el que nos ocupa- ya que “la izquierda más amplia contraria a la guerra volvió con frecuencia a la socialdemocracia durante la escisión entre comunistas y socialistas”. Siguiendo al mismo autor, “los asistentes más jóvenes, los nacidos en la década de 1880, ayudaron a crear los partidos comunistas de los mismos países y figuraron de manera prominente en el Comintern” (Eley, 2003: 136).

2.2. Conflictos: cansancio de la guerra, malestar económico y cambios en el movimiento obrero.

Es evidente que la guerra fue un factor de desestabilización a todos los niveles, generando una serie de líneas de tensión que acabarían desembocando en el conflictivo período 1917-1921. Como señala Hobsbawm, “las sociedades de la Europa beligerante comenzaron a tambalearse bajo la presión extraordinaria de la guerra en masa”. A la altura de 1916 fue decayendo hasta extinguirse la exaltación patriota del inicio del conflicto (Hobsbawm, 2011: 66). Es importante señalar el cansancio de la guerra como un “factor psicológico” que genera reacciones en contra de la misma, la sensación de que la guerra no tiene sentido, que es inútil.

En el clima de movilización nacional surgirá, como lo denomina Andrés Gallego, una “hipersensibilización ante las desigualdades sociales y la especulación” (Andrés Gallego, 1979: 46). Las malas condiciones generadas por la guerra -escasez de alimentos, mercado negro, disminución de los salarios, empeoramiento de las condiciones de trabajo, militarización de la economía, aumento de la mortandad en el frente etc.- serán el comienzo de la ruptura del clima de “tregua civil”. En opinión de Eley, “el abismo entre las exhortaciones gubernamentales al sacrificio común y la experiencia desigual de la mayoría de la población exacerbó el descontento” (Eley, 2003: 137). En la vida cotidiana la guerra repercutirá en la creación de condiciones críticas debido a la escasez y la inflación. Además las propias necesidades de la guerra generaron gobiernos incontestables que legislaron mediante decretos (Andrés Gallego, 1979: 45-62), es decir, las sociedades inmiscuidas en la contienda sufrieron una serie de restricciones de índole ideológica, policial y represiva, que continuaron agravando el malestar.

El “consenso” bélico, unido a la economía de guerra y la regulación centralizada será beneficioso para los liderazgos de los partidos y sindicatos socialistas, que comenzaron a tener más influencia que en etapas anteriores en la decisiones de la industria y el Estado; los socialistas excluidos tajantemente de los gobiernos, antes de 1914, entraron a formar parte de los mismos. Esto supuso un avance para el socialismo, pero desde el punto de vista institucional, o también, una “institucionalización del socialismo”; sin embargo, como señala Eley, “la integración de los socialistas en el gobierno fue acompañada del distanciamiento de las bases” (Eley, 2003: 139). Esto se debió a que la influencia de los líderes socialistas se pagó con la moneda del descuido de los cimientos del movimiento obrero; a los trabajadores les resultó difícil percibir los beneficios de la cúspide obrera: la participación en la gestión de

la industria fue acompañada de una parálisis de los derechos fundamentales. A la altura de 1916 esta realidad (institucionalización frente reivindicaciones inmediatas de la base) será un foco de tensión en la situación obrera europea, reactivando su combatividad laboral, dando cuenta, finalmente, de la imposibilidad de conciliación del factor trabajo y el factor capital (Eley, 2003: 138-141).

En las postrimerías de 1916 los factores de tensión -cansancio de la guerra, malestar económico, crisis de subsistencia, e imposibilidad de conjugar las aspiraciones de la base del movimiento socialista con la política de “Unión Sagrada” (todo esto unido a las disposiciones pacifistas y revolucionarias de Zimmerwald y Kienthal), provocaron, como señala Eley, “una radicalización a escala europea” (Eley, 2003: 141). Tal y como refiere Abendroth, ya era posible ver en 1916 una “creciente tendencia revolucionaria”, como había vaticinado Lenin. (Abendroth, 1980: 85). Cada vez resultó más difícil continuar la cohesión patriótica, ya que la oposición iba progresivamente creciendo en 1916 y agravándose a comienzos de 1917, con los movimientos francés y alemán a la cabeza. En el primero la ejecutiva de la SFIO se equilibró en diciembre (entre probelicistas y pacifistas); y en cuanto el SPD en marzo de 1916 se formó la oposición de un sector frente a la guerra, aunque no había en el comienzo ninguna intención de romper con la cúpula del partido, la ejecutiva no dejó opción. Comenzó por restringir y vigilar la prensa y terminó por forzar la expulsión. El resultado fue que los opositores a la causa bélica nacional formaron otro partido, así surgió el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), en abril de 1917.⁶ Estos nuevos agrupamientos nacientes no perjudicaron, en líneas generales, el influjo de la socialdemocracia mayoritaria tradicional (Eley, 2003: 141-142).

Para ver la conflictividad del período que aquí comienza es necesario acudir a las manifestaciones de las bases. La huelga será su forma de expresión. Las huelgas fueron paulatinamente adquiriendo un carácter político: en Alemania, incluían la exigencia de la puesta en libertad de Liebknecht, quien había sido encarcelado y condenado a trabajo forzado, en junio de 1916, por oponerse a la guerra. Y los presos políticos, la eliminación de restricción en ciertos derechos y, lo más importante, el fin de la guerra sin anexiones ni reparaciones. En la medida que los estados continuaban con la política de consenso patriótico y la desigualdad real no hacía más que aumentar, los conflictos iban en auge y tomando otros

⁶ La separación no se produjo por motivos de ideología política, sino por la contrariedad que suponía para la oposición el apoyo oficial del partido a la guerra, que además resultaba negativa para la militancia, es decir una serie de motivos que podrían ser catalogados de “morales”. Los líderes del USPD, en modo alguno, seguían el revolucionarismo leninista (sí el reducido grupo espartaquista, aunque con matices). (Eley, 2003: 141).

sesgos diferentes a las revueltas por hambre. El clima de consenso patriótico estaba diluyéndose sin excepción. (Eley, 2003: 142)

El movimiento de las masas precedió a la Revolución bolchevique de octubre de 1917, el movimiento obrero industrial, organizado y antibelicista actuó como centro de la militancia en los países beligerantes. Como señala Eley (2003:144), los diferentes movimientos europeos antes de este punto “marcaron sus propias pautas”, aunque como es evidente los sucesos de febrero en Rusia tuvieron repercusiones al oeste y “quitaron validez a la justificación de la guerra que desde el principio aducían los socialistas austríacos y alemanes: una defensa necesaria contra la ocupación zarista”.

CAPÍTULO 3.

LA OLEADA REVOLUCIONARIA EN EUROPA. 1917-1921.

Según las pautas de la revolución establecidas en el primer capítulo, ahora procederemos a sumergirnos en el período revolucionario sobre el que versa el trabajo. Este apartado establece una serie de fases que estructuran el desarrollo del período. Tratará también el tema del socialismo internacional, sus escisiones, así como de las causas que provocaron el final del período revolucionario.

Eley afirma que “los extremos rusos crearon para la izquierda oportunidades que no existían en otras partes de Europa” (2003: 157). Sin embargo, la bolchevique de octubre fue la única “revolución socialista” en el período de 1917-1921 -a excepción de la República Soviética Húngara, que duró escasos meses-; sí que se dieron numerosas situaciones revolucionarias, insurrecciones de las bases, derribos de regímenes y radicalismos alumbrados por la luz bolchevique, así como actos aislados de revolucionarismo (Eley, 2003: 160). El punto de mira se ha enfocado en los principales sucesos de Europa, así como en las políticas revolucionarias emanadas directamente de Rusia⁷.

3.1. Las huelgas y motines militares de 1917. Entre las dos revoluciones rusas.

El rasgo característico de esta etapa consiste en el protagonismo de dos grupos sociales, los obreros y los militares, los dos mundos que más sufrieron en la guerra. Huelgas y motines serán las formas primordiales de expresión. En algunos de los sucesos de esta etapa puede verse una intención revolucionaria, aunque esto no signifique, directamente, comunista. (Andrés Gallego, 1979: 119-126).

Esta etapa, en cuanto a la acción de las huelgas, queda fijada cronológicamente en medio de las dos revoluciones rusas. La acción huelguista de carácter revolucionario comenzó directamente con las manifestaciones de los trabajadores en San Petersburgo pidiendo paz y pan, que se tornaron en huelga general el 25 de febrero hasta adquirir un sesgo político bajo la dirección del Soviet. Desde febrero en Rusia, se extiende a Suecia, Alemania y Gran Bretaña en abril, y luego a Austria, en mayo, España, en julio, e Italia, en mayo (Andrés Gallego, 121-134).

⁷ Para el tema de la Revolución Rusa, fuente de la que emanan las ideologías y las tácticas que en muchos casos pretendieron ser emuladas, véase el Anexo, pág. 53.

El caso de Gran Bretaña, estudiado por Stephen White⁸, es particularmente interesante, con un conflicto de carácter laboral de gran originalidad. Como hemos visto en el capítulo de los “antecedentes”, la mayoría de partidos socialistas y sindicatos apoyaron la política de “Unión Sagrada”, el laborismo y las *Trade Unions* no fueron una excepción. A cambio de la creación de comités de taller para vigilar los métodos de la producción, las *Trade Unions* aceptaron reducir las reivindicaciones durante la guerra, lo que en la práctica se tradujo en una renuncia a la huelga. Los delegados de los comités, denominados *shop stewards*, comenzaron a actuar al margen de la jerarquía sindical a modo de dirigentes y portavoces de la protesta. Se dio en abril de 1917 una huelga de mecánicos y metalúrgicos que paralizó la industria de armamento inglesa durante un mes. La prensa condenó el movimiento como antipatriótico, pero en julio caerá el Ministro de Municiones sustituido por Winston Churchill. White también alude que en estos acontecimientos se percibe la sombra del Febrero ruso. (Citado en Andrés Gallego, 1979: 126-128).

Debemos obligatoriamente detenernos también en el último país incorporado a la fase de huelgas de 1917: Italia. El Partido Socialista Italiano, tras su orientación pacifista inicial, rehuyó tanto el apoyo patriótico como la oposición frontal. Debido a una legislación excepcionalmente represiva que colocaba los paros laborales al mismo nivel que la deserción del ejército, el lema adoptado por el PSI será “ne aderire, ne sabotare”, con el consiguiente descenso de huelgas en 1915-1916. La situación cambió en 1917, lo que Renouvin⁹ explica con la importancia de los motivos económicos con graves disturbios en Turín, que pronto se extienden por Alejandría y Génova, lo que acaba forzando al PSI a una posición en contra de la guerra. El Gobierno declaró el estado de sitio de las provincias. Pese a estos sucesos, que por otra parte, poco tienen que ver con el Febrero ruso, la llegada de la derrota de Caporetto a manos de Austria y Alemania en octubre, anuló los planteamientos de paz de los sectores socialistas y los grupos obreros, a modo de renovación del patriotismo. El PSI acabó ofreciendo el apoyo al Gobierno (Andrés Gallego, 1979: 132-133).

Los motines militares, por su parte, fueron un conjunto de acciones que seguían diversas motivaciones y se dieron de forma paralela a las huelgas de 1917. A diferencia del movimiento huelguístico, los motines militares afectan prácticamente solo a los países beligerantes. Junto a las demandas laborales, los motines se conjugan con los deseos de paz de

⁸ La obra es *Soviets in Britain: the Leeds Convention of 1917*, IRSH, XIX, 1974 (citado en Andrés Gallego, 1979).

⁹ La obra de Pierre Renouvin es *L'opinion publique et la guerre en 1917*, RHMC, XV, núm.1, 1968, 4-23 (citado en Andrés Gallego, 1979).

las tropas. El inicio de la oleada de motines también proviene de la Rusia de febrero, cuando las tropas, conscientemente, se niegan a reprimir a los obreros manifestantes de Petersburgo, lo que llevó al avance conjunto de militares y trabajadores sobre el Palacio Taúride, donde se reunía la Duma. Desde este momento, la asamblea parlamentaria rusa forzará la abdicación del zar. Tras el ruso, el amotinamiento militar más importante será el francés ocasionado por el fracaso de la ofensiva en el Camino de las Damas contra Alemania, dando lugar a los motines de abril y mayo de 1917. En septiembre tendrán lugar en Inglaterra los mismos fenómenos. (Andrés Gallego, 1979: 134-139).

Así comienza el período revolucionario: Como señala Abendroth, “el movimiento de las huelgas generales en Alemania y Austria y las rebeliones en el ejército francés mostraron [...] ya en 1917, que los trabajadores de todos los países se sentían inquietos” (1980: 85).

3.2. Los estallidos de 1918: Alemania, Hungría y Finlandia.

Tras octubre de 1917, “desde el punto de vista internacional, la República soviética se convirtió en Estado” (Carr, 1973: 35). Hasta que la esperada revolución internacional estallara, los soviéticos debían mantener el poder: había que negociar con los Estados capitalistas, por mucho que el objetivo final fuera derrocarlos (Carr, 1973: 35). Había que salirse de la guerra, firmar la paz. Los aliados se negaron a suscribir un acuerdo amistoso con la ejecutiva bolchevique, lo que no permitió otra alternativa a Rusia que firmar una paz por separado con Alemania, que en realidad era una capitulación (Kriegel, 1971: 80). Los bolchevique percibieron que algo se movía en Europa, por esto Lenin aceptó la dura paz de Brest-Litovsk (las negociaciones se dieron de diciembre de 1917 al 3 de marzo de 1918). Como señala Carr, “la revolución mundial era la única garantía de la seguridad nacional; pero la seguridad nacional era también condición indispensable para impulsar con éxito la revolución mundial” (Carr, 1973: 71). Esto significa que, ante todo, Brest-Litovsk se aceptó como “defensa de la experiencia revolucionaria propiamente rusa” (Kriegel, 1971: 80), siempre confiando en que la revolución estallara.

Fuera de Rusia, los cuatro años de guerra se notaron en los países vencedores, tras la euforia somnífera inicial de la victoria. En 1918 se aprecian continuidades con la etapa anterior en el panorama laboral y económico: continúan las huelgas y motines, aumenta la venta de prensa obrera, se vive un incremento de la afiliación socialista y sindical, y surge una agitación provocada por el paro y los salarios debido al paso de la economía de guerra a la de paz. También en los neutrales, por ejemplo en Suiza, se vivió una huelga general en

noviembre de 1918 (Kriegel, 1971: 81). Sin embargo, el eje central de la etapa es la caída de los imperios alemán y austrohúngaro, debido a la derrota y al fin de la guerra. La reinstitucionalización de los estados será necesaria tras el desastre de la guerra (Andrés Gallego, 1979: 149).

Lo que ocurrió en el mapa de Europa fue una “transfiguración” (Nuñez Florencio 1993: 50), junto a la rectificación de las fronteras. El punto quinto de los “catorce” dispuestos por el presidente estadounidense Wodrow Wilson en 1918 demandaba el “derecho de autodeterminación de los pueblos” y fue la piedra angular para la creación de nuevas naciones, debido a la descomposición de los viejos imperios. Sin embargo, teniendo en cuenta que los bolcheviques estaban motivando la “revolución mundial” y que habían publicado en *Izvestiya* los tratados secretos (desde noviembre de 1917 a febrero de 1918) por los cuales los aliados beligerantes se iban a repartir los expolios tras la contienda, incluida la Rusia prerrevolucionaria, el “principio” puede considerarse como señala Hobsbawm:

La primera reacción occidental ante el llamamiento de los bolcheviques [...] fue la elaboración de los catorce puntos del presidente Wilson, en los que se jugaba la carta del nacionalismo contra el llamamiento internacionalista de Lenin. Se iba a crear una zona de pequeños estados nacionales para que sirvieran a modo de cordón sanitario contra el virus rojo. La creación de una serie de pequeños estados nacionales según los principios enunciados por el presidente Wilson, aunque no sirvió ni mucho menos para poner fin a los conflictos nacionales en el escenario de las revoluciones, frenó también el avance de la revolución bolchevique. Naturalmente, esa era la intención de los aliados negociadores de la paz. (Hobsbawm, 2000: 74-75).

El propio Edward Carr afirma que “no hay duda de que influyeron [los tratados de los aliados] a Wilson a la hora de componer sus catorce puntos, que comenzó a elaborar pocos días después” (Carr, 1973: 27).

Como señala Hobsbawm, los acontecimientos de Octubre, además de revolucionarios, crearon revoluciones (o “situaciones revolucionarias”). En enero de 1918 surgió un oleaje de manifestaciones antibelicistas y huelgas políticas que se extendió por Europa central, comenzando en Viena, avanzando por Budapest y los territorios checos, llegando a Alemania y finalizando en las guarniciones austrohúngaras del Adriático. Como señala Eley, debido a las grandes huelgas desde enero de 1918, parecía que las predicciones de los bolcheviques podían cumplirse, ya que iban acompañadas de una “crisis revolucionaria en potencia”. El motivo fundamental por el que se produjeron era protestar contra la dureza de las imposiciones a Alemania y a los bolcheviques en Brest-Litovsk; la revolución bolchevique comenzaba a influir sobre las percepciones de occidente (Eley, 2003: 158-159). Cabe reseñar también que, tras Octubre, los deseos de paz y revolución social se conjugaron (Hobsbawm: 67). “La revolución que había derribado todos los régimes desde Vladivostok hasta el Rhin

era (en su origen) una revuelta contra la guerra, y la firma de la paz diluyó una gran parte de su carga explosiva”(Hobsbawm, 2011: 74).

Si nos centramos en las particularidades de los movimientos centroeuropeos, las revoluciones se realizaron allí no según la teoría e ideología internacionalista bolchevique, sino a modo de “revoluciones nacionales”, tal como lo denomina Eley, que dieron lugar al surgimiento de soberanías republicanas (Estados sucesores) sobre las cenizas de la monarquía habsbúrgica y de la descomposición del Imperio Austro-húngaro. En primer lugar surgió Checoeslovaquia (28 de octubre de 1918), luego Yugoeslavia (29 de octubre), luego Austria (30 de octubre), seguida de Hungría (31 de octubre). Esta cadena de revoluciones finalizó con la caída de los Hohenzollern en Alemania, en noviembre de 1918 (Eley, 2003:159).

Comencemos por los sucesos del Imperio Austro-Húngaro. La monarquía dual de los Habsburgo ya estaba amenazada con la disolución desde antes de la Primera Guerra Mundial, sin embargo la amenaza real llegó en el otoño de 1916, con tres acontecimientos sucesivos. El primero de ellos ocurrió en octubre de 1916, cuando se produce el asesinato del Primer Ministro Karl von Stürgkh por el político socialdemócrata Friedrich Adler, como acto pacifista; el segundo es la muerte del emperador Francisco José; el tercero es el estallido de la revolución rusa de febrero de 1917, aclamada por el socialismo austríaco, tras el fracaso de la gran ofensiva alemana de 1918, en la que Austria-Hungría había puesto todas sus esperanzas, la desintegración de la monarquía fue inevitable. En enero de 1918, al mismo tiempo que la negociación de Brest-Litovsk tenía lugar, una gran oleada de huelgas se extendió por Austria y Hungría, manifestaciones, que como en el Febrero ruso, pedían paz y pan y reformas laborales. Cole señala que, si bien fue un movimiento surgido a raíz de las carestías, pronto comenzó a politizarse. Los soldados del Imperio fueron utilizados en las zonas industriales para reprimir; como señala el autor: “no podía haber una insurrección triunfante mientras la mayoría del ejército estuviera dispuesta a disparar sobre los trabajadores rebeldes” (1961: 2003). Ocurrió al contrario que en Rusia. El primer día de febrero se dio la sublevación de la flota austríaca en la bahía de Cattaro, en la que se izó la bandera roja y se arrestó a los oficiales; finalmente se rindieron, pero aunque la sublevación no tuvo éxito fue fundamental en la desintegración del Imperio habsbúrgico. De la desmembración del Imperio Austro-húngaro surgieron los Estados de Austria y Hungría, Checoeslovaquia (unión de Bohemia, Moravia y Eslovaquia), y Yugoeslavia (Andrés Gallego, 1979: 162). El 21 de octubre de 1918 el *Reichsrath* estableció el nuevo Estado austriaco.

Durante la contienda internacional, a medida que las dificultades aumentaban en el Imperio, el descontento de las bases aumentó dentro de Hungría. A partir de marzo de 1918, tras Brest-Litovsk, comenzaron a regresar a Hungría desde Rusia, algunos prisioneros de guerra influidos por las perspectivas rusas - habían sido objeto de una propaganda comunista intensa por parte de Tibor Szamuely, editor del *Szocialis Ferradom*, (“Revolución social”) y BelaKun, quien inició su carrera política como periodista, siendo influido por Lenin. Siguiendo el modelo soviético, en octubre de 1918 se formaron consejos de obreros y soldados, principalmente dirigidos por los socialistas, en Budapest y otras ciudades, que dirigieron la huelga del 21 de enero de 1918. Señala Droz (1985: 246-247) que la huelga de la fábrica MAV (constructora del material de guerra) acabó generando un alzamiento revolucionario, que se saldó con la detención de un sindicalista de izquierda, Jenö Lander, junto con una represión violenta. Esto dividió a la opinión sindicalista debido a la no actuación del Partido Socialdemócrata.

El 25 de octubre surgió en Budapest el Consejo Nacional como nueva autoridad, presidido por el conde Mihaly Károlyi, que proclamó amnistía política, junto con la promesa de una nueva ley electoral y la distribución de grandes dominios rurales. El 30 de octubre se amotinaron regimientos militares en la capital, y junto con manifestaciones de trabajadores, se tomaron algunos edificios públicos, junto el correo y los cuarteles generales. La revolución estalló en Budapest, y Károlyi ante el inminente desmembramiento del Imperio y el acoso de las fuerzas militares contrarias hizo de la paz su prioridad, para intentar reconstruir el Estado húngaro. El caos era la norma en el país, con una deshecha maquinaria gubernamental hostil a la revolución. Károlyi formó un Gobierno de coalición el 31 de octubre con gran presencia de socialdemócratas y, el 16 de noviembre, proclamó la República; se disolvió el Parlamento y se prometieron nuevas elecciones. (Cole; 1961: 222-224). Así termina la primera fase de los sucesos en Hungría, con un esencial cambio político (Andrés Gallego, 1979: 162), provocado por la existencia de una “situación revolucionaria” generada por la debacle de la guerra. Retomaremos el caso de Hungría más adelante.

A continuación fijaremos nuestra atención en la revolución alemana de noviembre de 1918. El Reich alemán era un Estado estable política y socialmente, donde el movimiento obrero tenía fuerza, pero también una tradición moderada. No reinaba en Alemania una situación subversiva similar a la de Rusia, por lo tanto no era de esperar una revolución. Sin embargo, como señala Hobsbawm, cuando estalló la revolución “pareció que coincidirían las revoluciones de Febrero y Octubre [...] pero fue tan solo una ilusión, que hizo posible la

parálisis total, aunque momentánea del Ejército, el Estado y la estructura de poder bajo el doble impacto de la derrota total y la revolución” (2011: 75). Octubre no llegó a Alemania.

Para Droz la revolución de noviembre no es fruto tanto de una acción consciente sino que surge debido al deseo de paz de los soldados y la población trabajadora. Sin embargo, como señala Hajdu (1986: 147) “la revolución alemana fue roja en sus inicios”. Los marinos izaron la bandera roja en Kiel, ciudad portuaria del norte de Alemania, desde donde la revolución se extendió por todo el país, contra los causantes de la guerra. Desde el otoño de 1917 se habían ido formando, al modo ruso (*soviet*), consejos de obreros y soldados, en alemán, *räte*. En las grandes ciudades surgieron estos consejos que provocaron la caída del régimen ante el inmovilismo de las autoridades y el derrumbamiento del sistema anterior. Nuevamente, la guerra generó las condiciones para la revolución.

Veamos el proceso. El descontento era la norma entre los marineros de la Flota de Alta Mar alemana. Desde 1917 se venían produciendo infracciones cargadas de matices políticos, reprimidas con severidad. Lo que desencadenó el amotinamiento de Kiel fue que los jefes de la flota desafiaron al gobierno, que había decretado el cese de la guerra submarina, sin embargo, provocando una batalla contra la flota inglesa. Esto es denominado por Sebastian Haffner, (2005: 56) el “motín de los jefes contra el gobierno y su política”. Esta acción del alto mando de la flota iba encaminada a extorsionar la política del gobierno de Max von Baden, en el que por primera vez habían entrado los socialdemócratas. Esta batalla no tenía lógica desde el punto de vista de la estrategia bélica, ya que vencer a Gran Bretaña era más que improbable y detrás estaban los Estados Unidos. Sin embargo esta opción fue tomada por los oficiales contra las aspiraciones de paz sin indemnizaciones del gobierno, para atizar las intenciones bélicas del enemigo. La flota reunida en Schillig-Reede se amotinó, y aunque fue rendida, el ataque planeado fue frenado; más de mil marineros fueron detenidos, a espera de consejo de guerra y fusilamiento.

Así, en Kiel se dio una sublevación por solidaridad ante los camaradas que se habían amotinado y les habían librado de la batalla. Comenzaron por exigir la liberación de los amotinados, siendo rechazados; continuaron manifestándose junto con miles de obreros, la manifestación fue disuelta con nueve muertos; para Haffner, este suceso fue el decisivo, el que prendió la mecha de la revolución (2005: 60). El 4 de noviembre los marinos eligieron sus consejos, desarmaron a sus jefes e izaron banderas rojas. Continuaron ocupando la prisión militar y liberando a los prisioneros. Llegaron destacamentos del Ejército de Tierra para

reprimir a los insurrectos, que sin embargo, acabaron confraternizando por solidaridad, a ello se unió la huelga general de los estibadores; Kiel fue controlada por los insurrectos.

Siguiendo el planteamiento de Haffner, la insurrección de la marina¹⁰ no fue contra el gobierno, al contestar principalmente al “motín de los jefes”. Prueba de ello fue que el mismo día cuatro, al llegar desde Berlín dos miembros del gobierno, Gustav Noske del SPD fue elegido “gobernador”. Sin embargo, en Kiel se había acabado con la autoridad local, por lo tanto si se apagaba la mecha sucedería como en Schillig-Reede, “de la revuelta debía surgir ahora la revolución [...] debían hacerse con el poder en todos los rincones del país si no querían ser acorralados, derrotados y castigados brutalmente en Kiel”, (Haffner, 2005: 62) para ello había que extender la revolución, tarea en la que tuvieron éxito. Trabajadores fabriles y marineros se les unieron en un proceso que, comenzado por la inestabilidad provocada por la guerra, terminó de desmoronar el orden. El día 8 la revolución controlaba todas las grandes ciudades del oeste de Alemania, el malestar se extendía. Obreros y soldados elegían a sus Consejos frente a las autoridades civiles y militares, se liberaban prisioneros y se ocupaban sedes civiles y militares.

Además de por emulación de Rusia, los Consejos surgieron por la situación en las empresas, a modo de representación y defensa de sus intereses frente a otras clases sociales. Surgían como comités de acción de forma espontánea y sin esquema fijo: algunos eran elegidos en asambleas masivas, o en el curso de una manifestación, otros podían ser elegidos por los obreros en las fábricas o por soldados de los cuarteles. Los propios consejos elegirían delegados que se reunirían formando un Consejo Local de obreros y soldados, y luego en un proceso territorial ascendente (de lo local a las corporaciones territoriales más amplias), para el distrito, la provincia y el Land. En cuanto a su composición política, reflejó las posiciones de los trabajadores, que eligieron a los partidos obreros conocidos, o a funcionarios sindicales. Especialmente nos encontramos con presencia del SPD, y con el USPD ahí donde estaba asentado, en las grandes ciudades ambos estaban representados por igual. Los espartaquistas en menos ocasiones tenían influencia, aunque sí la tenían en zonas como Bremen o Brunswick (Tormin, 1987: 24-25).

¹⁰ Gilbert Badia realiza un análisis que nos permite entender mejor a uno de los actores de la revolución alemana, los marinos: “La actitud de los oficiales de la Marina respecto a los marinos era más arrogante que la de los oficiales de Infantería, que en primera línea compartían la suerte del soldado. En los navíos, las diferencias de clase eran (144) más notorias; además gran número de estos marinos eran también obreros especializados que ya se interesaban desde antes de la guerra por las cuestiones políticas. Constituían un medio más homogéneo y, sin lugar a dudas, políticamente más consciente que, por ejemplo, un batallón de Infantería” (Badia, 1971: 144).

En general el proceso revolucionario avanzó sin derramamiento de sangre, sin terror revolucionario. En ocasiones se le ha negado el título de revolución a los sucesos de noviembre de 1918 pero, como señala Haffner, (2005: 64), “lo que se desarrolló entre el 4 y el 10 de noviembre en la Alemania al oeste del Elba sí fue una auténtica revolución, el derrocamiento de la antigua autoridad y su sustitución por una nueva [...] Alemania occidental pasó de una dictadura militar a una república de los consejos”, una nueva autoridad revolucionaria. No era una revolución comunista, la propiedad no se tocó, era pacifista, antimilitarista y republicana. El predominio en los consejos no lo tenían los espartaquistas o los bolcheviques, sino los socialdemócratas (Haffner, 2005: 65). El proceso tiene claros paralelismos con el Febrero ruso.

También la revolución rusa había comenzado siendo una revuelta pacifista en sus comienzos, llegando a los planteamientos socialistas y al auge de los bolcheviques. La socialdemocracia alemana era contraria a una “revolución social”, por lo que canalizó y detuvo el movimiento revolucionario. Sin embargo, el día 8 de noviembre, el socialismo bávaro se adelantó, y proclamó la República de Baviera en Múnich, formando el Gobierno del socialista independiente Kurt Eisner. En Berlín la socialdemocracia tuvo que actuar, y Scheidemann del SPD proclamó la República Socialista Alemana, frente a la perspectiva de Ebert, presidente del SPD, partidario de la evolución parlamentaria hacia una monarquía constitucional. El *quid* estaba en que el Káiser Guillermo II abdicara para preservar la monarquía. Guillermo II abdicó y huyó a Holanda. El día 9 de noviembre, Ebert alcanzó la cancillería, traspasada por la vía parlamentaria, una conquista del sufragio universal igualitario. (Droz, 1985: 206). El mismo día 9 Ebert emitió un llamamiento *A los ciudadanos alemanes* en el que se instaba a “abandonar las calles” y “mantener el orden” (Haffner, 2005: 87); para la directiva del SPD, y Ebert en particular, la revolución estaba terminada. Retomaremos los sucesos de Alemania más adelante.

Si examinamos ahora el interesante caso finlandés con su particular intento revolucionario, difiere de la modalidad acaecida en Centroeuropa. Finlandia había pertenecido al Imperio Ruso desde 1809. La caída del régimen autocrático zarista condujo al colapso de la autoridad finesa, abriendo un período de incertidumbre. El Partido Socialdemócrata finlandés, que había llegado en 1916 a ser el primer partido de ideología marxista -aunque no revolucionaria- en obtener una mayoría absoluta en elecciones parlamentarias, creó las “guardias obreras”, que acabaron siendo conocidas como “guardias rojas”, contestando la presencia de las “guardias civiles”, luego conocidas como “guardias blancas” (de grupos

antisocialistas y antiobreras) (Casanova, 2001: 2-3). El Estado finlandés vivió una influencia inmediata de la revolución bolchevique. Tras el Octubre ruso, la Dieta finlandesa (la *Eduskunta*) declara la independencia, aceptada en 1918 por los bolcheviques en el poder. Surgió un verdadero debate sobre la forma de gobierno del Estado que iba a construirse, que llevó a un ambiente de conflicto social. Señala Andrés Gallego que dicho conflicto ha sido visto normalmente como el enfrentamiento entre las clases pudientes conservadoras “germanófilas” y una minoría sueca, y las clases trabajadoras, cercanas al bolchevismo. Siguiendo a Kirby¹¹, el malestar social y la consiguiente radicalización se deberían más al desempleo, la inflación y las carestías.

El 25 de enero de 1918 las guardias blancas fueron consideradas las tropas del gobierno conservador de Pehr Svinhufvud. La Social Democracia aceptó dirigir la guerra civil inminente, y el comité creado por el Partido Socialdemócrata Finlandés se aprestó a tomar el poder. La noche del 27 al 28 de enero estalla la guerra civil; las guardias rojas controlarán Helsinki, estableciendo un gobierno revolucionario opuesto al de la Dieta, y con apoyo militar de la Rusia bolchevique -aunque seguramente escaso debido a que también están inmersos en una guerra civil contra los “rusos blancos” (citado en Andrés Gallego, 1979: 144)-. Las tropas blancas fueron comandadas por el general Carl Mannerheim, antiguo oficial imperial ruso, su gobierno se emplazó en Vaasa. En febrero el país estaba dividido: al sur se situaba el dominio rojo, que controlaba además la industria y una mayoría de las ciudades importantes del país; mientras que el norte era gobernado por Svinhufvud y las blancas de Mannerheim. Eran inferiores en número, pero mejor equipados y organizados y más unidos, además el apoyo militar alemán era muy superior al apoyo ruso al bando rojo. La guerra civil duró tres meses, desde enero a abril de 1918, cuando las fuerzas blancas ayudadas por las tropas alemanas de Rüdiger von der Goltz rindieron Helsinki el día 13 (Casanova, 2001: 3-4). Los dirigentes de las guardias rojas huyeron a Rusia, se aprobó una constitución monárquica, y comenzó el terror blanco en el que perecieron mil quinientos opositores, dato que aporta Kirby (Citado en Andrés Gallego, 1979: 145). Casanova cita los planteamientos de Risto Alapuro y señala que la revolución finlandesa surgió por una combinación de “las relaciones de clase institucionalizadas del Estado” conjugadas con “las consecuencias internas del colapso del Imperio ruso”¹² (Casanova, 2001: 9).

¹¹ El artículo de Kirby es “The Finnish Social Democratic Party and the Bolsheviks”, en *Journal of Contemporary History*, 1976, 99-113 (Citado en Andrés Gallego, 1979).

¹² La obra de Risto Alapuro es *State and Revolution in Finland*, University of California Press, Berkeley, 1988. (Citado en Casanova, 2001)

La tesis enlaza plenamente con los planteamientos que hemos trazado en el marco conceptual, con los postulados de Skocpol y Tilly: la revolución se produce por el peso de la estructura, el súbito final del Imperio zarista generó la pérdida del control de la coerción estatal, surgiendo una “situación revolucionaria” con una “soberanía múltiple”, es decir, dos gobiernos, rojo y blanco, con sus respectivos apoyos (Casanova, 2001: 9-13). Resulta interesante compararlo con el resultado de la revolución en Rusia: por un lado, en Finlandia, al contrario que en Rusia, siguiendo a Alapuro (Casanova, 2001: 13), la revolución tuvo un “carácter defensivo”, es decir, las intenciones de los revoltosos eran “mantener las posiciones y las ventajas que habían obtenido en 1917, en vez de tomar el poder” (aunque ya hemos dicho que las intenciones no llevan directamente a los resultados). Por otro, la “situación revolucionaria” no pudo convertirse en “resultado revolucionario” (favorable a los rojos), ya que en el caso finés Alemania intervino de forma decisiva para asegurar la victoria blanca (la contrarrevolución) de la guerra civil, es decir, el contexto internacional no fue favorable a la revolución; al contrario que en Rusia, donde los rusos blancos no recibieron un apoyo internacional decisivo para precipitar la guerra civil a su favor¹³. Debido a la estructura donde los actores de la historia representan su papel, toda revolución lleva aparejada su contrarrevolución.

3.3. Europa entre 1919 y 1920. Los intentos revolucionarios comunistas centroeuropeos y las agitaciones en Europa occidental.

Esta larga etapa oscila entre la radicalización de los estallidos de la etapa anterior en Hungría y Alemania y el intento de encauzamiento del revolucionarismo por los planteamientos comunistas emanados de Moscú, que convivirán con otros de diferente índole. Como señala Eley (2003: 160), “la agitación revolucionaria más concentrada en Europa se produjo entre los congresos I y III de la Komintern, en marzo de 1919 y junio de 1921, respectivamente”. El Segundo Congreso tuvo lugar en julio de 1919, fue el “ápice” del período, que se conjugó con el avance bolchevique sobre Varsovia. Esta será la etapa de mayor agitación revolucionaria desde el punto de vista de la actuación, lo que de ningún modo significa de mayores posibilidades revolucionarias. De enero a junio de 1919 se suceden estallidos revolucionarios de Alemania y Hungría, que pese a su caída suponen una

¹³ Cabe añadir, que al igual que el contexto internacional no permitió la revolución en Finlandia, tampoco permitió que la situación de contrarrevolución durara, es decir, el “terror blanco”. Tras la derrota alemana, se celebraron en 1919 elecciones generales democráticas, condición de la Entente para permitir la independencia de Finlandia; el resultado fue una Constitución republicana (Casanova, 2001: 20)

preservación del auge revolucionario. Además se incorporan al oleaje Inglaterra e Italia (enero, el “*Biennio Rosso*”), España (febrero, el llamado “Trienio Bolchevista”), Austria (Abril) y Francia (mayo). Para mayor claridad vamos a agruparlos en dos tipos: “revoluciones comunistas centroeuropeas” y “agitación marginal”. Siguiendo el análisis de Andrés Gallego (1979: 167). Primero comenzaremos trazando el panorama del socialismo internacional.

Tal como señala Holzer, si el comunismo fue un fenómeno político basado en la tesis de que la gran crisis del capitalismo había llegado con la Primera Guerra Mundial, el bolchevismo fue su movimiento guía, que impulsaba una renovación moral, política y económica” mediante reflexión y emoción. Al separarse de aquella socialdemocracia “traidora” que había apoyado la guerra, afirmaron que implantarían la dictadura del proletariado mediante una lucha de clases. (Holzer, 2000: 5-12). Al tomar el poder, la consecuencia lógica fue el cambio en la política rusa internacional -pues la rusa, sólo había sido una primera etapa en la revolución internacional-, lo que se manifestó en búsqueda de una internacional completamente nueva, de carácter revolucionario. La nueva internacional no debía unir a todos aquellos que se proclamaban internacionalistas, sino que siguiendo las premisas escisionistas de Lenin debía alzar a todos los revolucionarios contra los gobiernos de sus países, tanto como a los falsos socialistas. Siguiendo esta visión política se fundó la Tercera Internacional en marzo de 1919 en Moscú, en la creencia de que el occidente capitalista estaría listo para una revolución adecuadamente dirigida. Aunque, obviamente, no existían condiciones para ello en los países con un capitalismo sólido, (Inglaterra, Francia y Alemania), pero los vientos revolucionarios motivaron la imaginación política. (Cole, 1961: 261-263).

Antes de la formación de la Tercera Internacional, los líderes socialistas occidentales pensaron en la conveniencia de reunirse en un país neutral, para parlamentar sobre la actitud que debía tener el socialismo ante las negociaciones de paz y allanar el camino para una Internacional según sus planteamientos. En febrero de 1919 se reunió la Conferencia Internacional de Berna; sólo se invitó a un partido socialista de cada país y no había partidos comunistas representados o aliados (asistieron delegaciones de 26 países). Las cuestiones esenciales tratadas fueron la exención de responsabilidad a la Alemania que había salido de la revolución de noviembre, diferente del antiguo régimen; la opción política democrática frente a la dictadura del proletariado bolchevique; y la formulación de demandas de carácter socialista y sindical que debían ser presentadas a la conferencia de paz, fijadas en la Carta Internacional del Trabajo (comisión permanente de legislación laboral, nivel de vida mínimo

garantizado para todos los trabajadores, derecho al trabajo y al subsidio etc.). La postura mayoritaria fue la “resolución Branting” (del sueco Hjalmar Branting, presidente del Congreso), que supone una total adhesión del socialismo al sistema democrático y la denuncia de la dictadura (del proletariado), una condena, al fin y al cabo, del bolchevismo (Cole, 1961: 264-269).

Durante estos sucesos en Europa Occidental, los bolcheviques aprestaron su propio proyecto en pos de la política revolucionaria permanente y la dictadura del proletariado. A comienzos de 1919 no existía una situación real que permitiera el asentamiento del comunismo y la rivalidad con el grupo de Berna. Los seguidores de los planteamientos bolcheviques eran minoritarios, se agrupaban en unos partidos comunistas muy débiles frente a los veteranos y burocráticos partidos socialdemócratas. Además de la Rusia bolchevique, los únicos países con partidos comunistas de cierto nivel eran Polonia y quizá Alemania, aunque existían embriones en Hungría, Finlandia, Letonia y Lituania, y, a menor escala, en Austria. En los demás países occidentales la tendencia más izquierdista de los partidos socialistas todavía no había adquirido el epíteto específico de “comunista”¹⁴. La mayoría eran grupos dispersos que comenzaban las tentativas de fundación de futuros partidos comunistas. Así que, en esta situación, sólo la visión de que la revolución permanente o internacional estaba por llegar, pudo impulsar la creación de la nueva Internacional, para la acción dirigida y la precipitación de la crisis del capitalismo¹⁵.

El 24 de enero de 1919 se convocó al “socialismo revolucionario” para establecer un Congreso en Moscú. La finalidad debía ser una nueva Internacional Comunismo (como se denominó, luego será conocida según la abreviatura en ruso, “Komintern”), cuyo objetivo principal fuera la eliminación del capitalismo de forma universal; para ello habría que armar

¹⁴ Por ejemplo, la *Liga Espartaquista (Spartakusbund)* debería desplazarse del USPD para constituir un partido comunista “auténtico”. El USPD conjugaba en su seno elementos revolucionarios y parlamentarios, y su valor numérico suponía un apoyo esencial al movimiento comunista internacional, si primero se definía como un “partido comunista alemán”. Así, los espartaquistas pretendían practicar la política escisionista y prescindir del elemento parlamentario, pero ganando una mayoría para el comunismo, de manera que el partido resultante de la división no fuera una minoría débil (Cole, 1961: 273).

¹⁵ Además de la invitación al Congreso de Moscú, se estableció una lista de 39 partidos que “participarían en plenos derechos”. Algunos eran: partidos comunistas ya constituidos: Rusia, Ucrania, Letonia, Estonia, Lituania, Finlandia, Polonia, Hungría, Austria y Holanda; la Liga Espartaquista; el Partido Socialista “intransigente de Bulgaria”; los Partidos Socialistas italiano, noruego y rumano; el Partido Socialista Británico y el Laboral Socialista; los “elementos revolucionarios” de la socialdemocracia sueca, del Partido Laborista Belga y de los partidos socialistas español, portugués e irlandés; también grupos de Japón y EEUU etc. Como se aprecia, un conglomerado de grupos “revolucionarios” heterogéneos. En el Congreso de Moscú se conformó un Comité ejecutivo integrado por un único representante de “cada uno de los países más importantes”: Rusia, Alemania, Austria, Hungría, Suiza, los países escandinavos y la Federación balcánica con sede en Rusia (Cole, 1961: 274-275).

al proletariado y desarmar a la burguesía, procediendo a la “toma del poder” al modo bolchevique, para luego establecer la dictadura del proletariado, y formar el “Estado proletario” que Lenin había defendido como transición al socialismo en *El Estado y la Revolución*. En el seno de la Internacional de Berna, que fue condenada, los comunistas distinguían tres grupos: primero, los “social-patriotas”, es decir, aquellos que habían participado en la “Unión Sagrada”, opuestos frontalmente al bolchevismo; en segundo lugar estaba el centro, integrado por los laboristas Independientes (como Karl Kautsky, Jean Longuet o el laborismo independiente), de estos podían recuperarse para el comunismo elementos sin actitud definida; en tercer lugar, los grupos minoritarios de carácter revolucionario, debían ser dirigidos hacia el comunismo. (Cole, 1961: 271)¹⁶

Como señala Edward Carr (1973: 29-30), la revolución proletaria suponía descartar las “caducas viejas divisiones de nacionalidad” y sustituirlas por las de clase: “el nuevo distintivo de lealtad no era el ser ruso, sino el ser obrero o campesino”. Esto mismo se tradujo en la propia concepción de la capital rusa, Petrogrado primero y luego Moscú (1918), y del Ejército Rojo: la primera no era concebida como la capital de un Estado, sino la “sede del estado mayor del proletariado revolucionario”, así “el bolchevique podía sentirse ciudadano del mundo”; el segundo tampoco era el Ejército de una nación, necesariamente organismo de coerción interna según los planteamientos leninistas, sino un instrumento de defensa de la revolución. Hecha esta precisión, resultan lógicos los planteamientos organizativos con los que se dotó a la Internacional Comunista: la plataforma se fundó como un organismo de lucha destinado a dirigir el movimiento internacional en el que los miembros debían de “subordinar los intereses de cada país a los intereses generales de la Revolución Internacional como un todo” (Cole, 1961: 272). La Komintern difería plenamente de la II Internacional; mientras la segunda se planteó como una federación elástica compuesta por partidos que representaban a

¹⁶ Además de las dos Internacionales irreconciliables, en febrero de 1921, en Viena, se reunió una Conferencia que representaba a grupos socialistas de 13 países, fundadora de la Unión Internacional de Partidos Socialistas, conocida coloquialmente como Internacional “Dos y Media” debido a su emplazamiento intermedio entre la Internacional de Berna-Ginebra, considerada como sucesora de la Segunda, y la Internacional Comunista. Sus planteamientos eran volver a reunificar las tendencias socialistas separadas, el parlamentarismo y el sovietismo. Para los integrantes de este grupo el error era la asimilación de un solo camino para llegar al socialismo, sin ahondar en las diferencias, tanto socioeconómicas como políticas, de los diferentes Estados. Esto significa que no abogaban ni por un exclusivismo parlamentario, absurdo en países donde los parlamentos ya estaban copados por la reacción; ni por un revolucionarismo que obligara a adoptar las tácticas bolcheviques en países donde no era posible “tomar el poder”. Señala brillantemente Cole (1961: 307) que “no logró atraer la imaginación de los izquierdistas por su incapacidad para recoger las fuertes emociones provocadas por la Revolución Bolchevique [...] así, la Internacional de Viena quedó aislada, hablando con buen sentido a una clase trabajadora que, en su mayoría, no quería escuchar el buen sentido, sino que se apelara a sus simpatías emocionales”. (Cole, 1961: 303-307).

sus naciones y actuaban independientes, la primera se concibió como una “autoridad centralizada” a la que los integrantes debían vincularse de forma rígida.

El resultado del Congreso fue la elaboración del *Manifiesto Comunista*, directo sucesor de aquel redactado por los padres del socialismo científico, Karl Marx y Friedrich Engels, allá por 1848. El texto, publicado el 10 de marzo de 1919, era un panfleto desafiante para el capitalismo y la corriente socialista contraria, que alcanzará el estatus de “documento histórico”. Fue rubricado por un quinteto de personas: Lenin, Trotsky y Zinoviev por Rusia, Christian Rakovsky de la Federación Balcánica y Fritz Platten de Suiza. El manifiesto señalaba un papel central para los soviets como “instituciones de la dictadura proletaria” y en tanto organismos para que la clase obrera tomara el poder y controlara la vida económica y cultural. Sin embargo en el manifiesto no se especifica el papel concreto de los partidos comunistas nacionales y su papel en las revoluciones de sus respectivos países. Señala Cole que esto se debió a que la revolución tenía un esencial y predominante carácter internacional, y por esto, los diversos partidos comunistas deberían estar completamente sometidos a la autoridad de la Komintern, como secciones de un Partido Comunista Internacional.

Si el *quid* del éxito de los bolcheviques había sido el modelo de partido de Lenin, presentado en su folleto *¿Qué hacer?* de 1902, que aseguraba el control de las bases (Eley, 2003: 148), la fuerza de la revolución mundial debía fundamentarse en este método. Hobsbawm (2011, 83) analiza al partido leninista como una “extraordinaria innovación de la ingeniería social del siglo XX comparable a la invención de las órdenes monásticas en la Edad Media”, debido a que proporcionaba extraordinaria eficacia, debido a la “entrega y sacrificio” de sus miembros, “además de una disciplina militar y una concentración total en la tarea de llevar a buen puerto las decisiones del partido a cualquier precio”. Sin embargo, como señala Eley, “el atraso ruso más el centralismo bolchevique constituían la diferencia fundamental con respecto a la situación existente en Occidente” (2003: 148). El “partido de vanguardia”, como señala Hobsbawm (2011, 83), estaba compuesto por unas “contraelites” que no siempre pueden controlar la situación, ya que la revolución requiere la acción de las masas desde abajo. Pese a todo, el modelo se impuso pues la revolución había triunfado en Rusia, y eso parecía suficiente argumento. Siendo así, el aparato de la Tercera Internacional, puede decirse que pretendía funcionar como un modelo a mayor escala de lo que fue el Partido Bolchevique original, un organismo centralizado cuyas directrices no podían ser contestadas, pues aseguraban “científicamente” el éxito, hacía falta una “vanguardia internacional”. La acción de las masas era fundamental en la actuación de los Partidos Comunistas, concebidas como

“material revolucionario”. Las masas no podían separarse de los liderazgos, que debían establecer una dirección disciplinada y fuerte (Carr, 1974: 195).

El Congreso de Moscú fue seguido por una política de captación de los partidos socialistas que no habían participado en Berna, o que hubieran participado pero tuvieran elementos que no condenarán los planteamientos de la dictadura del proletariado- como los partidos socialistas francés, italiano, noruego, suizo, austriaco, español y el Partido Laborista Independiente inglés, y por el esfuerzo de establecer partido comunistas socialistas auténticos donde aún no los había (Cole, 1961: 288). Así, como señala Hobsbawm (2000: 13) “cada partido comunista fue el producto del matrimonio de dos consortes de difícil avenencia, una izquierda nacional y la Revolución de Octubre”, que se tenía como prueba de que la revolución comenzaba. El revolucionarismo de corte bolchevique se impuso como un credo a seguir; como señala Kriegel (1971: 124), los partidos comunistas se multiplicaron en tres momentos, el verano-otoño de 1918, la primavera-verano de 1919 y el invierno de 1920-21.“La internacional comunista a partir del año 1919 constituyó un marco institucional en el que se forjó y unificó un mundo identifiable por sus dimensiones geográfica y características políticas, sociales y espirituales” (1971: 124).

Entre el 9 de Julio y el 7 Agosto de 1920 tuvo lugar el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, ahora menos apresurado y con mayor representación que el anterior, acudieron delgados superando la centena en representación de 37 países, entre los que habían solicitado la adhesión. Pese a esto sólo rusos y algunas delegaciones de la Europa oriental tenían partidos comunistas sólidos, los demás eran fragmentarios, recién escindidos de un partido socialista o a punto de hacerlo. Sin embargo, había optimismo para los rusos ya que habían obtenido victorias frente a la contrarrevolución y a la guerra con Polonia parecía serles favorable, aunque las revoluciones húngara (lo trataremos a continuación) y bávara habían sido rechazadas. Los esfuerzos se dirigieron a mantener las doctrinas del *Manifiesto*. Surgieron así los “Veintiún puntos”, en los que debía basarse la lucha revolucionaria y la formación de partidos comunistas- el principal requisito era la “limpieza” de partidarios del reformismo- y, por ende, la aceptación en la Komintern. Más que antes, los partidos deberían promover la lucha revolucionaria bajo los dictados de la Internacional. Como señala Cole (1961: 302) “los comunistas habían decidido tratar como enemigos a todos los organismos- o cuanto menos a todos los dirigentes- que no estaban de su parte sin reservas”. Para Hobsbawm (76-78), esto fue un “error fundamental”, ya que supuso la “división permanente del movimiento obrero internacional”; los bolcheviques no buscaban una mera simpatía de la

izquierda socialista sino “un cuerpo de activistas totalmente comprometido y disciplinado”. El socialismo se dividió, y los partidos comunistas pasarían a ser una minoría emocionada por la perspectiva de la revolución¹⁷.

Hagamos ahora un acercamiento a las “revoluciones comunistas centroeuropeas”, centrándonos en el caso húngaro y alemán. Su rasgo definitorio consistió en las “pretensiones de institucionalización comunista”, tal como lo denomina Andrés Gallego (1979:167).

Tras la revolución de noviembre de 1918, la perspectiva del SPD era convocar una Asamblea Constituyente para decidir democráticamente el futuro de Alemania; frente a la visión tradicional de un proceso constituyente estaban los *räte*, que si se comportaban como en Rusia, llevarían a la “dictadura del proletariado”, de la que los socialdemócratas abominaban. Sin embargo, y como señala Droz (1985: 206), los *räte* si bien eran inspirados por el modelo de organización ruso, habían sido constituidos de forma improvisada en Alemania y no tenían tantas similitudes con los *soviet*. No eran tanto los promotores de una “revolución socialista”, que no estaba planeada, como el resultado del hundimiento político-militar del Estado. Tuvieron un papel gestor en los problemas surgidos de la descomposición de la autoridad y encauzaron el regreso y la desmovilización militar. Salvo en ciudades como Bremen y Brunswick, donde triunfó el elemento radical, en la mayoría de los *räte* se daba una coalición del SPD y el USDP, y muchos tenían una concepción política cercana al SPD. Ebert y sus ministros consideraban a los *räte* como potenciales revolucionarios, producto y la vez origen del desorden. Temerosos del bolchevismo, pretendieron en todo momento detener y controlar la revolución, y para ello había que dispersar el movimiento concejil.

Se creó en Berlín una dualidad de poderes similar a la del febrero ruso: el día 10 de noviembre los delegados de los Consejos de Obreros y Soldados se reunieron en el Circo Busch, de donde surgió el nuevo gobierno, el Consejo de Comisarios del Pueblo (*Rat des Volkbeauftragten*), nombre que nos retrotrae al proceso ruso, integrado por tres “comisarios” del SPD (el presidente Ebert, Scheidmann y Landsberg) y tres del USDP (Haase, Dithman y

¹⁷ Ejemplos del proceso de escisión: En diciembre de 1920 el Partido Socialista Francés acabó por afiliarse a la Internacional Comunista, y se convirtió en el Partido Comunista Francés, su ala derecha encabezada por Longuet, el nieto de Marx, reconstituyó la Sección Francesa de la Internacional Obrera. En Alemania, el USPD en octubre de 1920, se dio el Congreso de Halle, donde la votación fue a favor de integrarse en la IC, acabó dividiéndose, la facción mayoritaria se unió al Partido Comunista Alemán (KPD, fundado el 1 de enero de 1918, antes la Liga Espartaquista). (Cole, 1961: El caso del socialismo italiano también es paradigmático, el Partido Socialista italiano se había adherido al Komintern, pero era necesaria una renovación siguiendo los “21 puntos”: del 15 al 21 de enero de 1921 se reunió un Congreso del Partido en Livorno, que será abandonado por los delgados comunistas, que acabarán fundando el Partido Comunista de Italia, dirigido por Amadeo Bordiga.

Barth). Liebknecht, afamado entre las masas, se negó a participar, aunque el propio Ebert se lo había ofrecido. El otro poder que surgió fue el Comité ejecutivo de los Consejos (*Berliner Vollzugsrath*), compuesto por diez delegados obreros (en paridad SPD-USP) y diez soldados. El Comité Ejecutivo confirmó el nuevo Gobierno, y su cometido teórico era controlar a los comisarios (Droz, 1985: 207).

Así pues, siguiendo a Tormin (1987: 24), a la altura del 10 de noviembre, Alemania se había convertido en una “República de Consejos”, pero esto en modo alguno suponía que la mayoría de los trabajadores y los soldados tuvieran un planteamiento leninista de lo que esto significaba, ni, por lo tanto, en la dictadura del proletariado. Ante todo se buscaba el retorno a una vida en paz, la supresión del autoritarismo imperial, la democratización y la cogestión política y económica. Sin embargo, siguiendo al mismo autor, el hecho de que se organizaran los *rätees* muestra de la pérdida de confianza de las masas en las antiguas autoridades, un deseo de establecer la paz y la democracia por sus propios métodos.

Sin embargo, la política de Ebert siempre fue evitar una “revolución a lo bolchevique” para lo cual emprendió el camino de la reforma sin cambiar la antigua burocracia estatal. Los técnicos del régimen anterior serán mantenidos en el poder, garantizando su continuidad; como señala Droz, “tras haber servido al régimen monárquico, se convirtieron en republicanos de circunstancias” (1985: 207). La mayoría de las masas obreras continuaron confiando en la socialdemocracia tras noviembre. Una alianza con los bolcheviques podría suponer la reanudación de la actividad bélica y el deterioro de la economía. Sin embargo, la “socialización” de la economía y la sociedad, transformación que tenía lugar en Rusia, al menos teóricamente, era un foco de sensibilidades para la población alemana, aunque la mayoría se decantara por el lado parlamentario, por la “toma del poder democrática”. Esto era lo correspondiente a las masas del SPD. Sin embargo, el USPD tiene unas bases mixtas: por un lado, una derecha que respeta las formas constitucionales, aceptando la convocatoria futura de la Asamblea Nacional Constituyente; y por otro, una izquierda, con un planteamiento revolucionario, consistente en el grupo *Obleute*, de Ernst Daüming y Richard Müller, en favor de la inmediata proclamación de una República de los Consejos y la democracia directa. Además de estos, está presente el grupo espartaquista, sobre el que merece la pena extenderse brevemente.

El espartaquismo surgió en plena guerra en torno a cuatro personalidades oposicionistas que en todo momento pretendieron la acción de las masas para frenar la guerra y promover la revolución. Estos son Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y

Clara Zetkin, que formaron el Grupo Internacional. En 1916 comenzarían su actividad política clandestina publicando las “Cartas políticas” firmadas bajo el pseudónimo de *Espartaco*, en referencia al esclavo tracio que dirigió una importante sublevación de esclavos contra la República Romana allá por el final de los años setenta antes de la Era. Para Gilbert Badia es a partir de 1916 cuando podemos “hablar ya literalmente del movimiento espartaquista” (1971: 92), integrados primero en el SPD hasta la fundación en abril de 1917 del USPD, Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania. Cuando se formaron los *räte* los espartaquistas, aunque siempre fueron minoría en ellos, fueron fieles a los planteamientos bolcheviques, tal y como señala Badia, siendo la única de las tres corrientes socialdemócratas que aprobaron la Revolución de Octubre. Sin embargo, no existía un total acuerdo entre los espartaquistas y los bolcheviques, los admiraron, ya que les habían mostrado el camino, pero adoptaron una posición crítica. Por ejemplo, Rosa Luxemburgo reprochaba la dictadura del partido, la dictadura que los bolcheviques ejercían sobre los otros socialistas, aunque estaba de acuerdo con la “dictadura de clase”, que Luxemburgo prefería denominar “dictadura de las masas”, para posicionarse en contra frente a la vanguardia leninista (Andrés Gallego, 1979: 158). Sin embargo, cuando estalló la revolución de noviembre, los espartaquistas reclamaron el restablecimiento de las relaciones con Rusia y el programa espartaquista del 8 de noviembre preveía la “unión inmediata con el proletariado internacional y especialmente con la república obrera rusa”¹⁸. Los espartaquistas terminaron exaltando a los bolcheviques, y como señala Badie, “ambos términos acabaron por ser sinónimos, utilizándose indistintamente para designar a la extrema izquierda alemana” (1971: 181). Los espartaquistas importaron tácticas de la Rusia soviética, como el hecho de pedir todo el poder para los *räte* en la Asamblea Constituyente que estaba por convocarse, donde pretendían que el poder recayera en los Comités de Obrero y Soldados. Así, no cabe duda de que los espartaquistas popularizaron los métodos bolcheviques, lo que se manifestó en el arraigo de los nombres de las instituciones revolucionarias (Comisarios del Pueblo, Consejos etc.). Además, como muestra Badia, “Lenin consideraba a los espartaquistas y a su jefe Liebknecht, como a los únicos y auténtico revolucionarios alemanes”. (1971:183).

El 15 de diciembre de 1918 se reunió en Berlín un Congreso Nacional de Consejos, al que no fueron autorizados a asistir Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht; el Congreso decidió convocar para el 19 de enero de 1919 las elecciones para la Asamblea constituyente. Los espartaquistas exigieron, paradójicamente, todo el poder para una institución copada por el

¹⁸ Aparece en *Dokumente und materialen zur Geschichte der Deutschen Arbeiterbewegung*, II, 1, Berlín, 1958 (citado en Badía, 1971: 181).

SPD (Droz, 1985: 208). Estalló el conflicto entre las fuerzas revolucionarias y el gobierno socialdemócrata, venciendo los segundos entre el invierno y la primavera de 1919. La mecha se encendió cuando se pretendió retirar de Berlín la división de la marina llegada de Kiel; los marinos reaccionaron ocupando la Cancillería y apresando a Ebert. Para restablecer el orden tuvo que utilizarse al ejército, debido a lo cual, los comisarios del USPD dimitieron, siendo reemplazados por tres del SPD, decididos al implantar el orden.

Estando así las cosas, tuvo lugar la fundación del Partido Comunista Alemán, KPD. El 30 de diciembre de 1918 se reunió en Berlín una asamblea en la que participaron 83 delegados espartaquistas y 29 radicales de izquierda (de las izquierdas de Bremen, Hamburgo, Dresde y otros grupos). Así, el Partido Comunista se formó con un carácter muy heterogéneo y sin organización coherente.

A comienzos de 1919 el movimiento *räte* se alteró y amplias capas de trabajadores se radicalizaron. Esto ocurrió por la actitud del SPD contraria a las iniciativas de los Consejos, que para la socialdemocracia mayoritaria no eran sino un obstáculo para su proyecto político constitucional. También contribuyó a esta radicalización la defraudación de los obreros ante el gobierno, así como el aumento de la represión antes los movimientos huelguísticos (Tormin, 1982: 26). El estallido de los conflictos comenzó por la destitución del jefe de policía de Berlín, Eichorn, popular entre los obreros. Los Independientes y los comunistas respondieron con manifestaciones de masas contra el gobierno, y el 6 de enero se declaró la huelga general. El gobierno respondió, cerrando las oficinas del periódico del USPD, (*Vorwärts*) y con el nombramiento de Noske como ministro de defensa, para suprimir el estallido (Cole, 1961: 136). Los insurrectos establecieron un Comité Militar Revolucionario, presidido por Liebknecht, Ledebour y Scholze. Noske movilizó a sus *freikorps* (traducido como “Cuerpos libres” o “francos”), cuerpos de voluntarios contrarrevolucionarios, reclutados para restablecer el orden, integrados por jóvenes nacionalistas, de clase media, y excombatientes de la guerra (Cook, 1993: 219). El día 7 se iniciaron las negociaciones con los independientes, pero la violencia siguió hasta el día 12. Jacques Droz aporta la cifra de 150 revolucionarios muertos en combate o ejecutados de forma sumaria (1985: 210). El día 13 se revocó la huelga general, la mayoría de los dirigentes revolucionarios huyó, pero Liebknecht y Luxemburgo habían permanecido en Berlín, continuando con la retórica revolucionaria en el periódico *Die Rothe Fahne* (“la Bandera Roja”); dos días después, el 15 de diciembre de 1919, fueron detenidos por un grupo de *freikorps* y asesinados, y poco después Leo Jogisches, colaborador y amante de Rosa Luxemburgo

Los espartaquistas intentaron canalizar el descontento hacia la socialdemocracia de las grandes ciudades, sin embargo, su propaganda movilizó a jóvenes parados y no obreros organizados, cuyos planteamientos no pasaban por un guerra civil que comenzaba con el enfrentamiento de las tendencias socialistas, como había ocurrido en Rusia. La clase obrera aspiraba a la paz y a la democracia, a la reforma y no a la dictadura del proletariado, aunque se identificaran con la “revolución” que había derrocado al Imperio. Como señala Droz, “el espartaquismo no logró pasar de la fase de motines a la insurrección revolucionaria”(1985: 211). La contrarrevolución y el SPD no dieron tiempo a que el comunismo espartaquista se consolidase de forma sólida entre las masas, como señala Badia, si “los bolcheviques [...] evitaron el enfrentamiento hasta el dia en que finalmente conquistaron la mayoría en los soviets. [...] los espartaquistas se dejaron imponer el día y la hora de la confrontación armada”. (1979, 22). El 19 de enero se efectuaron las elecciones Constituyentes, en las que el SPD sobrepasó al USPD; las atribuciones de los Consejos frente al Gobierno fueron reduciéndose en el verano de 1919. Cuando el gobierno reprimía huelgas o movimientos revolucionarios la primera medida era la disolución del *räte*. El 11 de agosto entró en vigor la Constitución de Weimar que ratificaba los consejos en el artículo 165 y les daba atribuciones, pero en la práctica no tuvieron alcance en la voluntad política (Tormin, 1982: 28). Como señala Eley, los consejos se “vieron limitados a nivel local”, “como vehículos de agitación revolucionaria, desvinculados de la administración; o como “comités de acción”, en una emergencia política”, como lo fue el golpe de Estado contra la república de Weimar del general Kapp en marzo de 1920 (Eley, 2003: 168).

Como señala Edward Carr los bolcheviques tenían plena confianza en la inminente proximidad de la revolución europea, y de la función didáctica de su propia experiencia que debía influir en los Partidos comunistas europeos. Para el autor esto se debió a que todos los dirigentes bolcheviques aceptaban de forma incuestionable la validez de los precedentes de la Revolución de Octubre. Como Carr opina, “era natural que los bolcheviques reconociesen el camino de otras revoluciones a la luz de su propia experiencia” (1974: 189). La revolución alemana era la que más lejos había llegado, la que presentaba mayor analogía con la rusa. Noviembre de 1918 representaba en Alemania el Febrero Ruso, con Ebert en el papel de Kerenski y Liebknecht haciendo de Lenin. El Congreso Nacional de Consejos de Obreros y Soldados parecía la réplica de del Congreso de Soviets de toda Rusia de julio de 1917. Los sucesos de enero de 1919 de Berlín, eran el equivalente a julio de 1917 en Petrogrado, con la salvedad de que los miembros del KPD tenían menos experiencia y habilidad que los bolcheviques. Parecía que le camino era el mismo, y también debería serlo el resultado. El

golpe de Kapp de 1920 fue diagnosticado por Lenin como el “asunto Kornilov alemán”. El Octubre debía de estar cerca. El Segundo Congreso de la Komintern se convocó siguiendo esta esperanza (Carr, 1974: 189-190).

Continuaremos ahora hablando de la breve experiencia comunista de Hungría, tras el cambio político que hemos establecido en la etapa anterior. El caso húngaro es de gran complejidad: en él influyen la descomposición del imperio, el nacionalismo húngaro, la situación política de Budapest, el choque con las minorías sometidas y el movimiento revolucionario comunista. (Núñez Florencio, 1993: 56)

Durante el gobierno provisional de Károlyi, pese a ser liberal y reformista, no hubo ninguna intención de bascular hacia la izquierda. El gran problema de este gobierno, según Nuñez Florencio (1993:56), es que no estaba respaldado por una base social, ni estaba capacitado para realizar una “revolución burguesa”, lo cual era su objetivo fundamental. Hungría estaba además en una situación de extrema inestabilidad, asediada por los enemigos de la guerra, y agobiada por las exigencias de los nacionalistas serbios, croatas, eslovacos y rumanos.

Comenzó la organización de las tendencias revolucionarias: grupos radicales se reunían en torno al “círculo Szabo”, y Bela Kun, llegado a Hungría el 24 de noviembre de 1918 fundó en Budapest el Partido Comunista Húngaro; a través de su prensa, el *Vörös Ujság* (“Las Noticias Rojas”) expresaba la voluntad de establecer la dictadura del proletariado. El programa del PCH establecía la toma del poder por los consejos de obreros y soldados y la alianza con los bolcheviques rusos. El planteamiento tipo a seguir es el leninista: oposición directa al gobierno provisional y a la socialdemocracia traidora, fomentar la división, alimentar las demandas de las masas, y acción de la vanguardia, unido al uso de los “sentimientos nacionales” (Núñez Florencio, 1993: 57).

El Gobierno de Károlyi veía a los comunistas húngaros como una minoría, y pretendió reprimir las huelgas con violencia; los socialdemócratas se resignaban y colaboraban con la política represiva, incluso expulsaron a militantes izquierdistas. El *Vörös Ujság* fue incautado, y el día 20 de febrero de 1919 una manifestación popular contra el diario de los socialdemócratas fue reprimida de forma sangrienta. Bela Kun fue detenido y desde los calabozos húngaros dirigió la agitación clandestina, atrayendo a la causa comunista, durante marzo, a una masa heterogénea que oscilaba entre obreros cansados de las carestías y el paro, y campesinos que deseaban repartirse el latifundio feudal (Droz, 1985: 247-248).

La cuestión nacional provocó un giro en la situación: los aliados mostraron sus exigencias territoriales en el ultimátum presentado por el coronel Ferdinand Vix en Budapest. El Gobierno de Károlyi se encontró en la encrucijada de continuar la guerra o permitir la humillación nacional aceptando las exigencias. El 20 de marzo dimitió Károlyi, y los socialdemócratas, demasiado débiles, se acercaron a los comunistas, con la intención de que estos aseguraran el apoyo bolchevique. Bela Kun y el socialdemócrata Kunfi decidieron la fusión del partido comunista y el socialdemócrata formando el Consejo de la República de Hungría (21 de marzo), formado por comisarios del pueblo (al modo soviético) y cargos ejercidos por representantes de las organizaciones revolucionarias. La presidencia de este gobierno era detentada por Sandor Garbei, Bela Kun era Comisario de Asuntos exteriores, aunque en realidad era quien dirigía el gobierno, y Wilhelm Böhm era Ministro de Guerra, director del Ejército Rojo.

El acceso del Partido Comunista al poder fue posible por el patriotismo húngaro más que por la situación socioeconómica de las masas. El paso al nuevo sistema de gobierno tuvo lugar sin sobresaltos: las altas capas de la sociedad que no aprobaban el sistema socialista tomaron a la República de los Consejos como una posibilidad para rechazar las exigencias de la Entente. La autodeterminación de Wilson no se estaba aplicando a las necesidades húngaras por lo que la solución podía ser el “nacional-bolchevismo”, tal y como lo denomina Droz (1985: 248). El 7 de abril tuvieron lugar elecciones a nivel nacional y municipal, que proclamaron la República de los Consejos (Droz, 1985:247-248). Comienza aquí la etapa denominada como los “ciento treinta y tres días”.

Dentro del partido del Consejo de la República de Hungría había una derecha y una izquierda, que no debe llevar a exagerar el enfrentamiento entre comunistas y socialdemócratas. Tampoco la autoridad de Kun era reconocida por todos, había grupos que consideraban la alianza socialista como “impura” o “inmoral” y los socialdemócratas pretendían lograr una rehabilitación del occidente europeo y su derecha rechazaba la colaboración con los comunistas, Sin embargo, el sentimiento nacionalista frenaba una posible acción contrarrevolucionaria. Bela Kun tampoco creía en la pureza comunista, pues solos no podrían asentar su poder, así, evitó la ruptura (Droz, 1985: 249).

Como señala Núñez Florencio (1993:57), “el nuevo gobierno, con vocación decidida de ejercer la dictadura del proletariado [...] optó por huir hacia adelante”. Además de que en Hungría el proletariado era una minoría, el error venía de aceptar el dogma soviético como el método correcto. Aunque esto no debe sorprender ya que, como señala Eley (2001:160), en

Hungría también se había dado la “dialéctica de diarquía”, “una situación de poder dual parecida a la rusa”, de la que había resultado el nuevo régimen; por eso “Bela Kun se veía a sí mismo interpretando con Károlyi el papel que Lenin interpretaba con Kerenski”. El sovietismo se tradujo en la radicalización de las medidas tras tomar el poder: decreto de abolición de la propiedad privada, nacionalización de la Banca y las grandes empresas, aplastamiento de la disidencia etc. El régimen conquistó la jornada de ocho horas y la igualdad de salario para hombres y mujeres, luchó contra el analfabetismo etc. (Droz, 1985: 250)

El error más grave, en un país cuya mayoría de la población era campesina, se dio en la política agraria. La tierra tan ansiada por los campesinos no fue repartida, debido en parte a los prejuicios contra estos que tenían los comunistas; por el contrario, la expropiación de la tierra quedó en manos del Estado. Los campesinos fueron fruto de expediciones, en ocasiones de castigo (fusilamientos y ahorcamientos como medida ejemplarizante), para recordarles que debían de entregar toda la producción al Estado (Núñez Florencio:57). Otro error del régimen consistió en el desinterés por las minorías nacionales, Bela Kun se mostró favorable a conceder autonomía a las diferentes nacionalidades, sin embargo, al estar aliado con los socialistas tiene que hacer concesiones a los magiares, rechazando el derecho de secesión de los rumanos transilvanos. A mediados de junio de 1919 en un Congreso del Partido se dio una tardía concesión, pero la extensión de la influencia de los comunistas rumanos, que eran favorables a Kun, no fue posible, el ejército rumano comenzó la invasión de Hungría (Droz, 1985: 231)

En los conflictos territoriales de la política exterior el gobierno de Bela Kun también actuó de forma harto arriesgada al entrar en guerra con rumanos y checos, tras rechazar una ofensiva de ambos y proclamar una República de Consejos en Eslovaquia. En esta política, para Núñez Florencio (1993: 58) está presente una “esperanza casi mesiánica de promover una revolución proletaria generalizada en Centroeuropa. Sin embargo, como señala Jacques Droz, (1985: 251) lo fundamental fue que la Hungría soviética no contó con la ayuda militar bolchevique.

Siguiendo a Droz (1985: 252), en Hungría existía una “atmosfera de terror” impulsada por los “elementos extremistas”, que se conjugaba con la *tcheka* húngara (dirigida por Otto Korvin), un anticlericalismo muy violento en una población cristiana, y la presión de los Comisarios del pueblo por el gobierno. Además, el 24 de junio hubo un intento de golpe de Estado en Budapest. Los partidarios del régimen anterior se reorganizaban, eran los

aristócratas y terratenientes, los militares, los altos funcionarios y los políticos conservadores que comenzaron a conspirar al mando del almirante Miklós Horthy. Controlaban zonas del sur de Hungría, donde comenzaron el “terror blanco” en forma de detenciones y ejecuciones masivas. (Núñez Florencio, 1993: 58). Cuando la contrarrevolución se situó a sus puertas, Budapest no fue capaz de movilizar a la nación. El primero de agosto de 1919 Bela Kun huyó, el gobierno provisional sólo se mantuvo hasta el día 4, cuando lo que quedaba del Ejército húngaro unido a las fuerzas rumanas entraron en Budapest sin resistencia. Las fuerzas de Horthy se ensañaron con participantes y simpatizantes de la experiencia soviética húngara.

La experiencia húngara nos pone en contacto con una constante que se mantendrá en este período de revolucionarismo: los planteamientos doctrinarios de una revolución mundial que se conjugaban con la emulación de la experiencia rusa acabaron en fracaso y en baño de sangre. Esto ocurrió porque pretendían hacerse revoluciones “sin tener en cuenta las características estructurales de cada país y la coyuntura concreta que atravesaba” (Núñez Florencio, 1993: 58). Con la institucionalización de la Internacional Comunista los diferentes partidos serán concebidos como “secciones” que deberían luchar por un proyecto común, sin embargo, cada PC tenía características propias de su contexto y marco político de desarrollo (Kriegel, 1985: 78-79), con lo cual, la estrategia seguida en Rusia, no tenía por qué funcionar en otros lugares, por mucho que las intenciones fueran las mismas, nuevamente, el peso de la estructura. Por mucho que Kun no pudiera, como había hecho Lenin, organizar el “partido de vanguardia”, la causa de que la revolución fuera derrotada fue, como señala Droz (1985: 252), “el rumbo tomado por los acontecimientos exteriores”, con una Hungría, rodeada de enemigos y una Entente contraria al comunismo. Como en Finlandia, la “revolución por las intenciones” no triunfó.

A continuación analizaremos las particularidades de Europa occidental, centrándonos en el caso italiano. Siguiendo los planteamientos de Andrés Gallego, podemos llamar “agitación marginal” a una serie de alteraciones que comienzan en Inglaterra e Italia, continuando en España, Austria y Francia y que comparten ciertas características. El autor señala cuatro: primeramente, son acontecimientos de motivaciones y planteamientos heterogéneos, sin una concatenación directa con los sucesos de 1918. Para Andrés Gallego, la misma heterogeneidad es muestra de que la actividad revolucionaria comienza a decaer. En segundo lugar, la actividad subversiva se incorpora a los países vencedores, mientras que la oleada anterior había afectado en su mayoría a los vencidos; esto es debido a que la euforia que generó la victoria fue efímera, y no se puso fin a los problemas socioeconómicos. La

tercera característica es que ahora empiezan a madurar la represión gubernamental frente a las huelgas y el uso por los patronos de métodos violentos frente a los trabajadores subversivos (Andrés Gallego, 1979: 180-181). Como señala el autor, “en ámbitos bien diversos comienza a comprenderse la conciencia suscitada entre los propios revolucionarios de que los estallidos están fracasando [...] por falta de fuerzas”; comienza además el proceso escisionista del movimiento obrero internacional entre socialdemocracia y los partidos comunistas, lo que, al fin y al cabo, debilitó la capacidad de acción del movimiento obrero (1979: 182). Examinemos aquí el paradigmático caso de Italia.

De 1919 a 1920 se dio el período histórico conocido como *Biennio Rosso*, que supuso un aumento del enfrentamiento social: sucedió una ola de huelgas en la industria y la agricultura, acciones en las fábricas, así como ocupaciones de tierra y demostraciones colectivas en manifestaciones (Eley: 2003: 174). El PSI dominó sobre todo en el norte, y más en las urbes que en el medio rural. También tenían peso en el medio agrario del valle del Po y en el triángulo industrial Milán-Génova-Turín.

En Turín, sede de la gran industria italiana, la tradición obrera estaba muy arraigada, jóvenes socialistas fundaron el periódico *L'Ordine Nuovo*; su primer número apareció en mayo de 1919, su objetivo era “proveer a los trabajadores industriales de armas ideológicas y culturales” (Guichonnet, 1985: 185). Entre sus directores destacaban Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti. Otra corriente extrema del socialismo era dirigida por Amadeo Bordiga en el semanario *El Soviet*, que propugnaba el antiparlamentarismo y la conquista del poder por medio de la violencia, rozando el anarco-sindicalismo. Los planteamientos de Gramsci y los *ordónovisti* eran contrarios a los de Bordiga, ya que veían en las formas organizativas de los obreros industriales, como las comisiones internas, la base potencial para una organización socialista. Estas comisiones habrían de convertirse en consejos de fábrica, emulando a los soviets rusos.

Así las cosas, del 18 al 22 de marzo de 1919 se reunió la dirección del PSI decidiendo, por 10 votos a favor frente a 3 en contra, responder al llamamiento hecho por Lenin para adherirse a la Tercera Internacional. (Guichonnet, 1985: 181-184). En marzo de 1919 se dio la “primavera caliente”, motivada por las carestías y la inflación, más que por solidaridad a los comunismos ruso y húngaro. En julio se produjo el ápice de la agitación, provocada por motines, asaltos de almacenes, politización y formación de soviets locales que tomaron el poder en gran número de municipios. Se predecía la desaparición del Estado burgués, mientras Gramsci escribía que “Italia puede compararse hoy a la Rusia de Kerenski”

(Guichonnet, 1985: 186). Sin embargo, una huelga general estaba prevista para los días 20 y 21 de carácter internacionalista, en solidaridad con las intervenciones en Rusia y Hungría. Fracasó y ese hecho hizo recuperar confianza a propietarios y nacionalistas asustados de la sombra de la revolución. (Guichonnet, 1985: 184-186)

Se esperaban nuevas elecciones con sistema proporcional, el PSI tenía buenos pronósticos. En este ambiente, el partido socialista celebró el Congreso de Bolonia, del 5 al 8 de octubre, sin dudas acerca de la victoria electoral: a los electores veteranos se añadían los afectados por la crisis, los excombatientes y víctimas de la contienda – aunque descontando los seguidores de la doctrina de la “victoria mutilada. Sin embargo, al preverse el triunfo inmediato, el congreso cedió ante la “euforia maximalista” como lo denomina Guichonnet (1987: 187), y no preparó un programa electoral preciso. La moción “maximalista-participacionista” salió vencedora, presentada por Serrati y secundada por *L'Ordine Nuovo*: se predecía la destrucción del Estado burgués, por ello se debía participar en las elecciones aunque se negaba la representatividad de las instituciones del Estado normal. Este carácter de excesiva creencia en la victoria del socialismo, llevó a su fracaso.

Las elecciones del 16 de noviembre de 1919 fueron las más libres hasta la fecha, y estuvieron marcadas por una participación escasa (sólo un 56'6%). Los socialistas consiguieron su triunfo, 156 de 508 escaños (30'7 %), 113 de los cuales eran en el norte del país. Los católicos populares tuvieron cierto éxito, y los conservadores y nacionalistas un espectacular fracaso. Los *fascios* de Mussolini no obtuvieron ningún diputado. Sin embargo, el grupo parlamentario socialista se plegó a lo decidido en Bolonia, sin colaborar con los católicos populares.

1920 supuso un punto de no retorno debido a la agitación social: en abril, 200.000 obreros turineses encuadrados en la Federación de los Metalúrgicos, el FIOM (dirigida por Bruno Buozzi), se declararon en huelga. En mayo los socialistas forzaron la dimisión de Francesco Nitti, presidente del Gobierno. Para Guichonnet esto marcará el fin de la posibilidad de una revolución democrática (1985: 189). Las ocupaciones de tierra comenzarán a generalizarse en el sur y la agitación obrera alcanzó su auge en septiembre. Las patronales comenzaron a endurecer las negociaciones y comenzaron las *serratas* o *Lock-out*, el FIOM respondió ocupando fábricas en Milán. El Movimiento de ocupación se trasladó de Milán a Turín, y luego a toda Italia con predominio del norte, ahí 500.000 trabajadores, con predominancia del sector metalúrgico, formaron consejos de fábrica. El nuevo Gobierno de Giolitti no utilizó la fuerza. El 10 de septiembre se reunieron en Turín las ejecutivas del

Partido Socialista Italiano y el sindicato CGL (*Confederazione Generale Italiana del Lavoro*), para discutir si la esencia de las ocupaciones correspondía a la lucha sindical, o si, como sugerían los maximalistas, eran el principio de la conquista del poder por la fuerza en pos del Estado proletario. Prevaleció una visión más moderada que llevó a la evacuación de las fábricas, tras la promesa de un aumento salarial y el reconocimiento de los consejos de fábrica. Sin embargo, como señala Guichonnet (1985: 189), la profundidad de la situación era más grave, ya que “marcaba la derrota del maximalismo revolucionario y el inicio del reflujo del socialismo, reducido en los sucesivo a mantenerse a la defensiva ante la ascensión del fascismo”; y como señala Andrés Gallego, (1979: 189) “en adelante, la iniciativa de las agitaciones italianas iba a pasar al fascismo, y justamente contra los socialistas”.

Tampoco hubo un Octubre en Italia. Como señala Eley el maximalismo cometió el error de alimentar las expectativas sin luego llevarlas a cabo: el clima de exaltación revolucionaria no se convirtió en un desafío revolucionario real. El socialismo italiano era combativo y de retórica provocadora, pero se echaba atrás a la hora de llevar a cabo la revolución. Como señala Eley, el socialismo maximalista italiano era una “mezcla de intransigencia verbal y dilación estratégica”, provocado por el “marxismo automático de la II Internacional”, por la creencia de que la caída del capitalismo era inevitable, de que la Historia sigue sus leyes y no puede “hacerse”. Así, pese a sus diferencias originarias, sólo los grupos comunistas que se originaron en torno a Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga tenían unos planteamientos de acción cercanos al bolchevismo, rompiendo con las herencias reformistas (2003: 175). Los errores del maximalismo del *Biennio Rosso* intentaron paliarse con importaciones rusas, es decir, con un partido revolucionario de corte leninista, un Partido Comunista Italiano. Estos eran los planteamientos de Bordiga, a los que se sumó Gramsci, había que renovar el partido, darle un baño de comunismo, evitando una escisión debilitadora. Entre el 15 y el 21 de enero de 1921 los comunistas abandonaron el Congreso de Livorno y fundaron el Partido Comunista de Italia (2003: 176).

3.4. La sombra de la revolución decae. 1920-1921.

1921 no es un fecha azarosa, pues tiene lugar la derrota del alzamiento comunista alemán de marzo, fecha con la que finalizaremos el período estudiado. Esto no significa que, después, la agitación laboral desaparezca, ni que la ilusión del cambio de régimen hacia la socialización sea borrada de las mentes de las bases. Sin embargo, como señala Andrés Gallego, (1979: 209), estudiar lo acaecido durante los veinte y los treinta nos obliga a

“afirmar cierta laxitud”. Hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y su posguerra no podremos hablar de un resurgimiento de las tendencias revolucionarias. Como señala Eric Hobsbawm, “la segunda oleada de la revolución social mundial surgió de la segunda guerra mundial, al igual que la primera había surgido de la Primera Guerra Mundial” (2011: 87). A continuación estableceremos una serie de motivos que causan el retroceso de la acción revolucionaria europea.

La primera cuestión a la que debemos acercarnos para intentar capar el final del período analizado son las reformas de los Gobiernos en materia económica. En la posguerra mundial comienza el establecimiento de ciertas medidas reivindicadas por el mundo laboral. La clásica es la jornada de 8 horas que quedará implantada en la teoría en torno a 1920. También lo serán la firma de convenios colectivos, o el surgimiento de los Ministerios de Trabajo, tal y como señala Andrés Gallego (1979: 211). La reforma no es sino la consecuencia de la presión revolucionaria, es decir, surge de la necesidad de satisfacer las demandas obreras para evitar la revolución- aunque, siguiendo al autor, además del miedo que provoca la revolución, hay una “sensibilización real” ante la cuestión social. (1979: 212)-. Así, estas reformas laborales afectaron sobre todo a los medios industriales de los países desarrollados. Además de las laborales, tendrán trascendental importancia las reformas agrarias, en concreto en el este y sur de Europa. Las reformas del campo serán esenciales pues hasta 1919 en el Este de Europa, lo predominante es el latifundismo, incluso con prestaciones de tipo señorial, fruto de la no entrada o intromisión parcial del liberalismo. Así la reforma será el método paliativo de la tensión social, ya que como señala Juan Díaz del Moral “las reformas agrarias persiguen predominantemente objetivos políticos”¹⁹, que son casi más importantes que los económicos, “el logro de la estabilidad y pacificación interior de los Estados” y, en particular, “la contención de la ola comunista”. Así, las reformas se realizan en Finlandia, Letonia, Estonia, Polonia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria y Grecia. Quizá más que en el terreno práctico, donde su alcance es muy desigual, las medidas tengan importancia en lo simbólico, como argumenta Andrés Gallego (1979 214).

La segunda cuestión a la que debemos referirnos son los “cambios políticos”. Andrés Gallego habla del comienzo de generalización del sistema liberal democrático, adoptado finalmente en los primeros años veinte en toda Europa, salvo Rusia. Esto se debió a que era el

¹⁹ La obra es *Las reformas agrarias de la posguerra 1918-1929*, Madrid, 1967 (citado en Andrés Gallego, 1979: 231).

sistema de los países vencedores así como la ideología presente en los “catorce puntos” de Wilson, unas veces el sistema se establece por su propio prestigio y otras de forma impuesta. Sin embargo, y en lo que más nos atañe en este trabajo, es que el sistema liberal democrático es una consecuencia directa de la sombra de la revolución que circuló por Europa de 1917 a 1921. Los ofrecimientos democráticos eran, bajo el marxismo determinista, un paso necesario en la historia para la final conquista del poder proletario (1979: 217-218). Como señala Eley, detrás de los estallidos de 1917-1921 había un trauma casi generalizado en la izquierda, consistente en la “incompleta integración política”, pero la guerra cambió su lugar en la nave del Estado: la democracia parlamentaria comenzó a ampliarse, así como los servicios sociales comenzaron a avanzar. Los realizadores de la ampliación política no serán sólo las élites políticas liberales, sino también los socialistas que entran en los gobiernos. El parlamentarismo se mostró eficaz para la obtención de reivindicaciones socialistas, cuando en la posguerra empieza a obtener triunfos electorales (como el de Italia de 1919 que hemos señalado antes).

Siguiendo la esencial argumentación de Andrés Gallego, es notorio como, conforme los intentos revolucionarios socialistas fracasaron – y el único “éxito” había tenido lugar en Rusia- el movimiento obrero, empezó a comprender, que por mucho que tuvieran las “intenciones revolucionarias” cuando las tenían, no era posible tomar el poder, “conquistarlo” como habían hecho los bolcheviques, que Octubre no podía repetirse. Al mismo tiempo van adquiriendo conciencia de su posibilidad de adquirir fuerza parlamentaria. La escisión entre reformistas y revolucionarios será irreconciliable (1979: 218-221)- los 21 puntos de Lenín serán su plasmación teórica-. El socialismo reformista adoptará una política de respeto constitucional de rigurosidad parlamentaria, persiguiendo la reforma, frente a los movimientos extraparlamentarios. La socialdemocracia estuvo dispuesta a convertirse en un “partido responsable de gobierno”, como lo denomina Eley, lo que significaba la cooperación con otros partidos y defender al Estado de maximalismos revolucionarios (2003: 227),

Analicemos ahora el último grupo de factores que perfilan el final del período, los que respectan a la política comunista. En el momento de reunión del II Congreso del Komintern en julio de 1920 parecía que la revolución estaba todavía en marcha, fue el ápice, tras el cual las esperanzas irían decayendo. Rusia se había consolidado definitivamente como un poder, ya que en el invierno de 1920 el Ejército rojo derrotó al blanco y a los intervencionistas exteriores (Kriegel, 1971: 87). El mismo mes en que se produjo el Segundo Congreso, el

Ejército Rojo marchaba sobre Varsovia, y parecía posible que, tras el triunfo en Polonia²⁰, la revolución se propagara por Europa Occidental haciendo uso de la fuerza armada, conjugándola con la sublevación proletaria. Los bolcheviques intentaron canalizar los estímulos revolucionarios provocados por la Primera Guerra Mundial, como muestra el folleto de Lenin que lleva por título, *El Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* de 1920 donde criticaba el aventurismo revolucionario sin organización centralizada y sin los planteamientos del Komintern (Eley, 2003: 228). Carr resalta que fue escrito en un momento de “legítima autosatisfacción” tras haber derrotado a la contrarrevolución, lo que daba al bolchevismo la categoría de ejemplo a seguir por todos los que aspiraran a lograr los mismos resultados. De aquí surgiría, para Carr, el punto flaco de la política bolchevique, de la “suposición de una estrecha analogía [...] entre los procesos revolucionarios y las tácticas revolucionarias en Rusia” (1974: 194). Las diferencias nacionales tenían un gran peso, y los bolcheviques subestimaban la validez que para los trabajadores de los países occidentales podían tener la democracia y la reforma, los cauces legales frente a la acción ilegal. En Rusia, la clave había sido imprimir una conciencia revolucionaria sobre unas masas “políticamente inconscientes”, pero en Occidente, para establecer los planteamientos bolcheviques, lo necesario era “transformar una conciencia política altamente desarrollada en la tradición democrático burguesa” (Carr, 1974: 195). Así la tarea principal sería indicar el camino a las bases de los partidos obreros para que se levantara contra sus dirigentes reformistas (Carr, 1974: 198).

Sin embargo, las circunstancias favorables pronto se truncaron: los trabajadores polacos no se alzaron, y el Ejército Rojo fue derrotado y puesto en fuga, el armisticio se dio el 12 de octubre, y en marzo de 1921 se firmó la Paz de Riga. La derrota del Ejército Rojo fue el comienzo del cierre del ciclo revolucionario.

Recién ocurrida la derrota rusa en Polonia, los dirigentes comunistas alemanes guiados por Bela Kun, representante del Komintern, pensaron en una insurrección para tomar el poder: en marzo tuvo lugar una huelga de mineros de Mansfeld en Sajonia, a los que se adhirieron los trabajadores de la industria química de Leuna, cercana a Halle. Los dirigentes del KPD convocaron una huelga general el 17 de marzo instando al proletariado a tomar el poder en

²⁰ Siguiendo a Hobsbawm, “la Guerra Russo-polaca había sido provocada por las ambiciones territoriales de Polonia, que había recuperado su condición de Estado después de siglo y medio de inexistencia y reclamaba ahora sus fronteras del XVIII (se adentraban en Bielorrusia, Lituania y Ucrania)” (2000: 77). La victoria en la guerra ruso-polaca era esencial desde el punto de vista de la revolución internacional: se pretendía ganar el apoyo de los trabajadores polacos, para precipitar en Alemania una nueva revolución. (Abendroth, 1980: 92).

Alemania (Cole, 1961: 157), el día 20 se hace efectivo, y el 22 se da en Sajonia una insurrección armada, a la que se unieron levantamientos locales y episodios esporádicos. Sin embargo, la huelga no fue de masas, el gobierno sofocó la intentona comunista el día 1 de abril. Los cálculos sobre el respaldo obrero fracasaron. El KPD cayó, desapareciendo del primer plano del movimiento obrero, en pocos meses perdió más de la mitad de sus 350.000 miembros (Cole. 1961: 157). La revolución bolchevique no triunfó en Alemania, no era probable - quizá ni siquiera posible- dadas las condiciones estructurales.

Las derrotas hicieron replantear la visión de la revolución internacional, lo que acabó concretándose en el III Congreso de la Internacional comunista, celebrado de junio a julio de 1921. El resultado fue el texto *Tesis sobre el Frente Único proletario* que suponía el reconocimiento de que no existían condiciones para la revolución proletaria, del “asalto”, se pasaría al “asedio”, como afirmó Lenin. La estrategia de “Frente Único” se basó en una serie de cambios tácticos. Primeramente, por lo que respecta a los Partidos Comunistas, no debían ser ya vanguardias o “contraelites”, sino que deberían ser instrumentos más numerosos, que habrían de establecer relaciones con la socialdemocracia en los ámbitos nacional e internacional, frente a la política de los 21 puntos que llamaba a la escisión para lograr un partido fundamentalmente ofensivo. Ahora se optará por un “frente único proletario”, una aproximación a los socialistas de derecha y centro, contra los reaccionarismos, lo que supuso un retorno a políticas socialistas basadas en el número cuya consecuencia necesaria era que la revolución debía quedar demorada. (Kriegel, 1971: 92-93). Así fue como, en 1921, la revolución se retiraba y quedaba acantonada en la Rusia soviética, a la espera de nuevos vientos.

CONCLUSIÓN.

Tras analizar el período, podemos afirmar que en 1921 la revolución quedó marginada en Rusia, donde se mantuvo como un poder inamovible. Los vientos revolucionarios terminaron; no se cumplió la esperanza de expandir la revolución y, por lo tanto, había que mantener el nuevo Estado bolchevique en pie. Rusia estableció el sistema de la NEP o Nueva Política Económica, destinada a reconstruir el Estado soviético con capital extranjero, que fue escaso. La “dictadura del proletariado” canalizada por los *soviet* se transformó en la “dictadura del Partido” y de sus elites. Sin embargo, nada anteriormente predecía la situación a la que llegó la Unión Soviética, y, como señala Abendroth, (1980: 102) “era comprensible que la fracción revolucionaria del movimiento obrero occidental idealizara a Rusia como el único país con una victoriosa revolución socialista”. Rusia fue un mito durante y después del período estudiado, lo que supuso que no se analizarán críticamente las “condiciones objetivas” para realizar una “toma del poder”, y que se aceptara y emulara el evangelio bolchevique como el método para hacer las revoluciones socialistas.

Las consecuencias indirectas del período revolucionario fueron muy profundas en la vieja Europa, tanto como las directas. Como señala Hobsbawm (2011: 78), esos años produjeron una “generación de revolucionarios” que mantuvieron enarbolada la bandera la revolución. Además el período dejó al movimiento obrero escindido, en dos bandos hostiles: la socialdemocracia y su reformismo declarado, fortalecedora de los ideales democráticos y contraria al radicalismo, guardadora celosa de su nuevo papel; y el comunismo, revolucionario, creyente en que la revolución “debía hacerse”, de forma pura, siguiendo modelos que ya existían. Ambos seguían la experiencia de los propios años revolucionarios. Los Partidos Comunistas fueron instrumentos capaces de encauzar las energías revolucionarias fruto de la guerra, lo que redujo y simplificó sus trayectorias y generó rigidez y autoritarismo. La socialdemocracia no aprovechó el aumento democrático y se vio atrapada. El período estudiado, como señala Eley, fue “un momento único de revolución insurreccional paneuropea que nunca se repetiría”, pero una de sus consecuencias- la escisión del socialismo- tuvo efectos permanentes en el siglo XX” (2003: 229).

Como señala Mazower (2001: 23-24), en las diferentes constituciones se fueron fijando objetivos sociales, que se apartaban de los valores liberales del XIX, como la ampliación de los derechos, las libertades políticas y civiles a los sectores de la sanidad, la asistencia, la familia y la seguridad social. Se trataba de satisfacer las exigencias populares

potenciadas por la Primera Guerra Mundial, en el camino hacia la democracia social. Sin embargo, este era un designio socialdemócrata en respuesta clara a los acontecimientos de Rusia para apartar a las bases del bolchevismo y guiarlas hacia el parlamentarismo.

Estructuralmente parece claro que no existían condiciones para una revolución a lo bolchevique en países como Gran Bretaña, Francia y Alemania. La oleada insurrecciones del período trazado, acabó en derrota, pero como señala Casanova (2012: 12), “contribuyó a generar un potente sentimiento contrarrevolucionario que movilizó a las clases conservadoras en defensa de la propiedad el orden y la religión”. Al igual que una revolución concreta siempre conlleva su contrarrevolución, las intentonas revolucionarias de minorías ilusionadas, al final abrieron el camino a la contrarrevolución, que se manifestará primero en Italia en 1922, y llegó a su punto álgido con el acceso al poder de Hitler en 1933 (Casanova, 2012: 12 - 13). Los esfuerzos bolcheviques no consiguieron “hacerle el Agosto” o más, bien, el Octubre, al período de 1917-1921.

ANEXO. Sobre la Revolución Bolchevique y su significado.

En febrero de 1917 fue derrocado en Rusia el régimen zarista, la guerra había socavado la capacidad de coerción del Estado. Surgió una situación de “poder dual”, con un Gobierno provisional que pretendía autolegitimarse mediante una constitución, presidido por Alexander Kerensky (antes por Lvov), y un Soviet de Petrogrado (dirigido en coalición después de febrero por los bolcheviques y coaligados con otros socialistas) que alegaba tener el apoyo de la calle, de los obreros y los soldados amotinados, otra forma de legitimidad. Como señala Eley, la escisión entre las dos formas de legitimación, la constitucional y la de la calle, fue acompañada de la polarización social, que acabó destruyendo el marco para una “revolución burguesa”.

Durante abril aumentaron las contradicciones, la actuación del gobierno provisional no satisfizo las expectativas populares, y, conforme aumentaba la movilización de las masas disminuía la capacidad del gobierno para aplicar sus políticas. Al no hacer la reforma agraria, los campesinos obtuvieron la tierra ocupándola por su mano; al no llegar la paz, las tropas dejaron de ser leales al gobierno. La clase obrera organizada fue tomando la industria a través de los comités de fábrica. Como señala Eley, “en los tres frentes -Tierra, Ejército e Industria- las presiones para que se resolviera el poder dual a favor del soviet alcanzaron un punto culminante” (Eley, 2003: 145). Los bolcheviques fueron presionando en pos de alcanzar la vía revolucionaria- siguiendo las *Tesis de Abril* de Lenin-, y buscaron alumbrar la revolución en los países capitalistas avanzados del occidente europeo. Para prender la mecha era necesario el traspaso de la total soberanía al Soviet: “Todo el poder para los soviets” como consigna de Lenin (Eley, 2003: 145-147).

Bolcheviques y mencheviques eran las dos facciones opuestas del Partido Socialdemócrata Ruso, surgido en 1899. Los mencheviques pretendían alcanzar la etapa socialista de forma “ortodoxa”: La Revolución de febrero había derribado al zarismo, por su inmovilidad y la presión de las clases bajas; se pretendía alcanzar la etapa liberal-capitalista con la consecución de una “revolución burguesa” frente al autocratismo zarista, y no lanzarse al socialismo sin respetar las “leyes objetivas” de la filosofía de la historia y la teleología marxista. La interpretación menchevique de la situación rusa iba en la línea de las tesis del socialismo durante la II Internacional, es decir, del determinismo confiado en las crisis periódicas capitalistas que lo llevarían a un derrumbamiento ulterior; en vez del revolucionarismo buscaban introducirse en un sistema democrático nacional con una base de

masas, para lograr reformas a corto plazo y estar en óptima posición a la espera de la caída del capitalismo (Eley, 2003: 149).

El bolchevismo, siguiendo los planteamientos de Lenin, pretendía llegar a la “revolución socialista”, sin pasar por la etapa de la “revolución burguesa” según dictaminaba la dialéctica de la doctrina marxista, para impulsar la revolución en Europa. Esta teoría se sustentaba en la creencia de Lenin en que el proletariado debía desplazar a la burguesía como cabeza de la revolución. Al estar Rusia enormemente atrasada con respecto a la Europa occidental, penetraron en ella capitales extranjeros así como nuevas tecnologías que se conjugaron con el reaccionarismo de la estructura política, el predominio de la masa campesina y el subdesarrollo de la sociedad civil. Así, el capitalismo en Rusia no se desarrolló de forma “orgánica” provocando la debilidad de la burguesía. El proletariado ruso si bien era escaso (minoría en una sociedad campesina), debido a su condensación económica y física disforme (en Moscú y Petrogrado) adquirió cierta fuerza y conciencia de clase, dándole una importancia en la política que sobrepasaba en mucho su trascendencia numérica. El proletariado tenía que tender a la revolución y no a la reforma, siempre complementado por la movilización revolucionaria en el campo. En este ambiente, los bolcheviques deberían ejercer el poder para organizar los ímpetus revolucionarios. (Eley, 2003: 153-154) Según el análisis leninista- *El Imperialismo, estadio supremo del capitalismo* de 1916- y de otros antes que él²¹, el capitalismo pasaba por una fase “imperialista” al agotar el progresismo liberal fruto de sus necesidades expansivas, lo que causaría su destrucción. El imperialismo había generado la guerra internacional donde la Rusia de los zares era muy vulnerable debido a su atraso. La vulnerabilidad rusa debía de compaginarse con el internacionalismo revolucionario bolchevique: ni Lenin ni Trotsky discutían que en Rusia no había “condiciones objetivas” para la revolución, frente a esto, el internacionalismo debía de ser la solución, generando una revolución en Occidente en la que Rusia haría el papel de mecha; las carencias rusas tenderían a diluirse si Europa se convertía al socialismo, el aislamiento de una Rusia socialista

²¹ La historiografía ha atribuido a Lenin la paternidad de este planteamiento erróneamente. Hobson con su obra *Imperialismo* de 1902 y Rudolf Hilferding en *El Capital financiero* de 1910, trazaron que el capitalismo seguía una ley inevitable de expansión ininterrumpida hasta un momento de plenitud, que tras su superación, llevaría a un enfrentamiento entre los Estados capitalistas. Rosa Luxemburgo había escrito en 1913 *La acumulación del capital* donde también afirma que el capitalismo, al llegar a la fase imperialista acabaría desapareciendo, al acabarse el espacio a colonizar. Es notorio que lo escriba justo en el momento de las crisis balcánicas, inmediatamente antes del estallido bélico del verano de 1914. (Andrés Gallego, 1979: 96-97).

desaparecería mediante la solidaridad internacional²². La revolución de Octubre se realizó de acuerdo a estas ideas (Eley, 2003: 153-155).

Los meses de junio-julio dieron lugar a una mayor radicalización de la escena rusa, debido al desplome sistémico de la economía, con el consiguiente descenso de los salarios, inflación, quiebra de la industria y las carestías, además del endurecimiento de la represión por el Gobierno provisional. Los bolcheviques pasaron a ser el único grupo que, bajo las aspiraciones populares, no estaba pervertido por inactividad gubernamental. El bolchevismo acabó superando al menchevismo. En agosto se dio el golpe contrarrevolucionario de Kornilov, que fracasó socavado por la resistencia de la clase obrera. Para la rama socialista que continuaba con la política de unidad nacional, la polarización social fue nefasta, mientras que para el bolchevismo actuó como el acicate que permitió su ascenso. Continuó la radicalización en abril-octubre, lo que abonó la escena para la subida al poder de los bolcheviques (Eley, 2003: 147- 152). Como señala Eley: “el triunfo de los bolcheviques se derivó de su consecuente no participación en el gobierno, lo cual les dio ascenso a la contralegitimidad revolucionaria del Soviet, a diferencia de sus rivales, que veían los disturbios populares como una amenaza para el progreso ordenado de la revolución”. (Eley, 2003: 152)

El levantamiento bolchevique, preparado por un comité revolucionario presidido por Trotsky, se fijó para el día de la apertura del Segundo Congreso Panruso de los Soviets, que se reunió con tendencias políticas totalmente polarizadas, al gusto de Lenin, partidario de las escisiones polémicas. En uno de los bandos se situaron los mencheviques y socialrevolucionarios de derechas, los cuales otorgaban la legitimidad a una inminente Asamblea Constituyente de la que resultaría una Constitución parlamentaria (“burguesa” para los bolcheviques). Éstos abandonaron el Congreso en señal de lealtad a la Constituyente. En el bando contrario se situaban los bolcheviques respaldados por la legitimidad que les otorgaba la perspectiva revolucionaria. El 25 de octubre se dio la “toma del Palacio de Invierno”, antigua residencia de los zares, lugar de emplazamiento del Gobierno Provisional, acontecimiento histórico que ha pasado a la mitología revolucionaria, junto con sus líderes, que ocupan un lugar muy destacado en el Parnaso comunista. Los apoyos con los que contaron los bolcheviques fueron abundantes, destacando a la militancia del ejército y los

²² Esta no es otra que la teoría de la “revolución permanente”, es decir, comprender a Rusia únicamente como un detonante que impulsara la revolución proletaria al occidente industrializado, donde existirían “condiciones objetivas”. Esta fórmula ya fue enunciada por Marx al final de su vida, luego será recuperada por Trotsky (Hobsbawm, 2000: 64).

obreros industriales de las ciudades. Los soviets tuvieron el liderazgo en los soviets pero la debilidad en la Constituyente, donde sólo obtuvieron 175 escaños de 707, logrados por el apoyo en los medios urbanos radicalizados. Sin embargo, la Asamblea Constituyente había perdido su legitimidad antes de las elecciones de noviembre de 1917 (Eley, 2003: 155-156). La Revolución de Octubre se “hizo”, o simplemente “tuvo lugar” y su próximo objetivo iba ser la instauración de ese período transitorio propio de la doctrina marxista, la dictadura del proletariado. Los sucesos acaecidos en Rusia iban a tener no poca repercusión en la vieja Europa.

La perspectiva sobre las revoluciones de Skocpol negaría el tópico de la “conquista bolchevique del poder”, que terminaría por ser una entrada en un diccionario de “mitología socialista”. De esta forma, desde la estructura, no serían los bolcheviques los que hicieron la revolución con conciencia y una ideología *ad hoc*, sino que lo que ocurrió es que un grupo revolucionario aprovechó una situación en la que el Estado no pudo ejercer su fundamental función de coerción, fruto de la “situación revolucionaria” generada por la Primera Guerra Mundial. Aun concordando con la “interpretación estructural”- la no salida de la guerra es lo que precipita la revolución-, siempre sin marginar al agente histórico, la introducción de este apartado se ha considerado necesaria pues es decisiva para entender el período revolucionario posterior, en el que la visión bolchevique de la revolución guiará trascendentales acontecimientos en Europa, no siendo únicamente un mero capricho narrativo.

Al realizar un acercamiento a la historiografía parece que no cabe duda de que el panorama social europeo se transformó radicalmente tras el Octubre ruso, teniendo en cuenta además, que el socialismo no estaba unido en torno al planteamiento de actuar de forma directa. Sin embargo, siguiendo a Andrés Gallego, debemos lanzar la pregunta de si “la revolución rusa fue una realidad sentida inmediatamente en 1917” en Europa, (Andrés Gallego, 1979: 103). El autor señala que, si bien el tema ruso es claramente influyente en el desencadenamiento revolucionario, lo hace de forma irregular y confusa, es decir, que pese a las intenciones bolcheviques, los sucesos subversivos no eran únicamente consecuencia directa de su política. Es más, habiendo visto que la revolución rusa es el resultado de dos procesos distintos, así como de dos planteamientos distintos sobre cómo debe de hacerse una revolución –nuevamente, en el seno de una estructura- el apoyo a la Revolución Rusa no significa, al menos en 1917, el apoyo a la causa bolchevique. Como afirma el mismo autor, realmente en 1917 la Europa al oeste no tiene un claro conocimiento de lo que sucede en la Rusia revolucionaria, sólo se tiene constancia de que ha caído la autocracia zarista.

“Laboralistas, anarcosindicalistas, socialistas y meros pacifistas de Occidente acogen la revolución rusa como mero símbolo de un hecho general- el éxito de la batalla contra el orden establecido- que cada uno desea repetir con sus propios y contradictorios afanes” (Andrés Gallego, 1979: 110). Esta afirmación nos ilustra acerca de cómo se extendió por Europa la sombra de la revolución. Surgía como una totalidad que en los primeros momentos significaba desatar la “imaginación política”, tal y como lo denomina Geoff Eley (2003: 157).

Como señala Mazower, la característica común de la totalidad de las ideologías existentes es que conciben la consecución de su utopía como el punto final de la Historia, sea el comunismo internacionalista o la democracia. Si Wodrow Wilson pretendía seguridad para el desarrollo democrático, Lenin quería edificar un comunismo emancipado de la explotación económica, pero ambos tenían su sociedad ideal a construir. Las ideas evidentemente chocaron con el peso de la estructura. Así, la ideología, aunque no sea la guía estricta del desarrollo histórico, debe importarnos en tanto que actúa como un vehículo transmisor de la fe, que moviliza para la acción política (2001: 10-12).

Si la perspectiva estructural nos permite comprender un proceso en su totalidad, es necesario sumergirse en las acciones de los hombres, en las ideologías y la conciencia humana, para analizar las perspectivas de unos actores que guiarán, en parte, el período revolucionario que aquí se analiza, y cuyo *modus operandi* pretendió ser emulado en el occidente europeo en no pocas ocasiones. Como señala Hobsbawm, “la revolución original y formativa de 1917, estableció pautas para las revoluciones posteriores, cuya evolución dominó en gran medida” (Hobsbawm, 2011: 63).

Eric Hobsbawm hace una afirmación que no parece demasiado exagerada: al tener lugar el doble proceso revolucionario ruso “parecía evidente que el viejo mundo estaba condenado a desaparecer. La vieja sociedad, la vida económica, los viejos sistemas políticos...”. Pareció que el estallido revolucionario ruso fuera la mecha que comenzara el levantamiento del socialismo contra el capitalismo, tornando la contienda internacional, que ya no tenía sentido para las bases, en un momento histórico con posibilidades de cambio positivo. “Fue la revolución rusa- o, más exactamente la revolución bolchevique- de octubre de 1917 la que lanzó esa señal al mundo, convirtiéndose así en un acontecimiento tan crucial para la historia de este siglo como lo fuera la revolución francesa de 1789 para el devenir del XIX”. Sin embargo, siguiendo con el argumento del autor, las consecuencias de 1917 fueron de mayor amplitud ya que Octubre generó “el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna” (Hobsbawm, 2011: 63). Octubre se vio a sí mismo

como un acontecimiento “ecuménico”, es decir, tendente a la universalización de la revolución proletaria, fuera del ámbito nacional ruso; Rusia sólo había sido una batalla.

Al final de la Gran Guerra parecía que esto era factible, debido a que la propia conclusión de la misma generó una crisis de carácter político y revolucionario en Europa, destacando sobre todo en los países derrotados (Alemania, Austria-Hungría y Bulgaria), la misma que había provocado la caída de Nicolás II en Rusia. Si Rusia había sido el primero de los regímenes hundidos por la Primera Guerra Mundial, ¿por qué no podrían caer otros en medio de la explosión social generada por el malestar de la guerra? (Hobsbawm, 2011: 62-67). La fe socialista creía en el surgimiento de una sociedad sin desigualdad e injusticia, con la doctrina marxista como garante científico que mostraba un determinismo histórico; desde estos planteamientos, no resulta extraño que la Revolución de Octubre fuera vista como el inicio del camino hacia la tierra prometida. Esto explica, en parte, que tras 1917, los planteamientos bolcheviques absorbieran las anteriormente plurales tendencias revolucionarias sociales. La revolución se identificó plenamente con Moscú y la táctica comunista (Hobsbawm, 2011: 79-81); se encendieron ilusiones largo tiempo apagadas por la concepción reformista de la Segunda Internacional: como señala Núñez Florencio, un nuevo horizonte revolucionario surgió en medio del cansancio de la guerra, la revolución rusa emergió pronto como un “ejemplo a seguir” (Núñez Florencio, 1993: 49).

La gran exportación rusa a la praxis revolucionaria europea fue el *soviet*, El término ruso equivale en castellano a la palabra “consejo”. El primer consejo obrero surgió en la revolución rusa de 1905 acaecida en Petersburgo: debido a que en el Imperio zarista no existían partidos de cuño obrero, las bases revolucionarias tuvieron que generar un organismo para articularse y coordinar las actividades revolucionarias. Así, en las fábricas fueron elegidos delegados que acabaron integrando el Consejo de Diputados-Obreros de Petersburgo, que fue el símbolo de la revolución. Tras Febrero se constituyeron de nuevo los soviets, junto con consejos de soldados.

Lenin había recelado sobre la acción espontánea de estos consejos, sin embargo los reconoció como un instrumento eficaz para la toma del poder y para el afianzamiento de los bolcheviques (Tormin, 1987:23). Como señala Eley (2003:153), la importancia del soviet residía en que, “por iniciativa propia, los obreros habían creado una democracia revolucionaria”. En el seno del soviet fue donde los bolcheviques por vez primera ganaron las elecciones en 1917, “donde el bolchevismo adquirió sus credenciales democráticas”. El Comité Revolucionario Militar del Soviet de Petrogrado organizó conjuntamente la toma del

poder con los bolcheviques, es decir, para Eley, “la democracia soviética proporcionó la legitimidad que llevó a los bolcheviques al poder”. En la concepción de Lenin el proletariado industrial debía ser la vanguardia del movimiento revolucionario internacional, y por esto, la base de creación de los soviets, a los que luego habría que incorporar a otras clases desfavorecidos, especialmente a los soldados y los campesinos. La alianza en el seno del soviet, de trabajadores, campesinos y soldados debería ser la base para el “Estado proletario” (Cole, 1961: 281).

Como señala Walter Tormin, los consejos tendrán una doble función, la de órganos revolucionarios, y la de ser el organismo incipiente de un nuevo modelo de Estado, la dictadura del proletariado. Además, “los Consejos de Obreros y Soldados se convirtieron muy pronto en la expresión por excelencia de las revoluciones del siglo XX y también en la forma política propia del dominio proletario” (1987: 24), ya que como señala Hobsbawm, “dado que los trabajadores organizados estaban familiarizados con las asambleas de delegados elegidos directamente, que apelaban a su sentimiento intrínseco de democracia, el término *soviet*, traducido en ocasiones (*räte* en Alemania y Austria) [...], tenía una gran fuerza internacional (2011: 68). Al principio, pocos activistas de los consejos los tomaban como un recambio permanente del parlamentarismo, sino más bien como organismos de presión y transición hacia sistemas democráticos, aunque con posibles funciones de vigilancia en un sistema republicano; sin embargo, durante la radicalización de 1918 a 1921 aumentó la visión comunista combativa, que se haría distintiva de los mismos (Eley, 2003: 164-165).

Los consejos obreros serán una característica distintiva de la actuación revolucionaria del período aquí analizado, aunque como señala Geoff Eley (2003: 164) “las formas exactas de la militancia eran muy variadas”: en esta categoría entran desde comités huelguísticos fuera de los cauces oficiales, a los que tenían objetivos revolucionarios (como los organizados en las fábricas de Turín, o el movimiento de los *räte* alemanes.

BIBLIOGRAFÍA.

- Abendroth, Wolfgang, *Historia social del movimiento obrero*, Laia, Barcelona, 1980.
- Andrés Gallego, José, *Los movimientos revolucionarios 1917-1921. Sevilla*, Universidad de Sevilla, 1979.
- Badia, Gilbert, *Los espartaquistas*, Mateu, vol. 1., Barcelona, 1971.
- Badia, Gilbert, “Rosa Luxemburg, el espartaquismo y la fundación del Partido Comunista Alemán” (estudio introductorio) en Luxemburgo, Rosa, *La Liga Spartacus. Dossier sobre la revolución alemana 1918-1919*, Anagrama, Barcelona, 1976.
- Carr, Edward, *La Revolución bolchevique (1917-1923)*, vol. 3., Alianza, Madrid, 1974.
- Casanova, Julián, “Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo”, en *Zona abierta*, 41-42, 1987, 81-102.
- “Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-1949): un análisis comparado”, en Julián Casanova (comp.), *Guerras civiles en el siglo XX*, Pablo Iglesias, Madrid, 2001.
- *Europa contra Europa 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2012.
- Cole, G.D.H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia 1915-1931*, vol.5., Fondo de cultura económica, México, 1961.
- Cook, Chris, *Diccionario de términos históricos*, Alianza, Madrid, 2006.
- Droz, Jacques “El socialismo en Alemania” en Droz, Jacques (coord.), *Historia general del socialismo: de 1918 a 1945*, vol. 3, Destino, Barcelona, 1985. Págs. 205-243.
- “El socialismo en Europa central: Hungría, Austria y Checoslovaquia”, en Droz, Jaques, *Historia general del socialismo: de 1918 a 1945*, vol. 3, Destino, Barcelona, 1985. Págs. 245-294.
- Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003.
- Guichonnet, Paul, “El socialismo italiano”, en Droz, Jaques, *Historia general del socialismo: de 1918 a 1945*, vol. 3, Destino, Barcelona, 1985. Págs. 181- 203.

Haffner, Sebastian, *La Revolución alemana de 1918-1919*, Inédita, Barcelona, 2005.

Hajdu, T., “La revolución socialista en Europa central, 1917-1921”, en Roy y Teich, Mikulas (eds), *La revolución en la Historia*, Crítica, Barcelona, 1990 (pp. 136-161).

Hobsbawm, Eric, “La revolución” en Porter, en Roy y Teich, Mikulas (eds), *La revolución en la Historia*, Crítica, Barcelona, 1990 (pp. 16-71).

--- *Revolucionarios: ensayos contemporáneos*, Crítica, Barcelona, 2003.

--- *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2011.

Holzer, Jerzy *El comunismo en Europa*, siglo xxi, Madrid, 2000.

Krigel, Annie, *Las Internacionales obreras*, Martínez Roca, Barcelona, 1971.

Mazower, Mark, *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona Ediciones B, 2001.

Núñez Florencio, Rafael, *Sociedad y política en el siglo XX: viejos y nuevos movimientos sociales*, Síntesis, Madrid, 1993.

Skocpol, Theda, *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

Tilly, Charles, *Las revoluciones europeas. 1492-1992*, Crítica, Barcelona, 2000.

Tormin, Walter, “La Revolución y el movimiento de los consejos de obreros y soldados”, *Debats*, 22, 1987, págs.. 23-28.